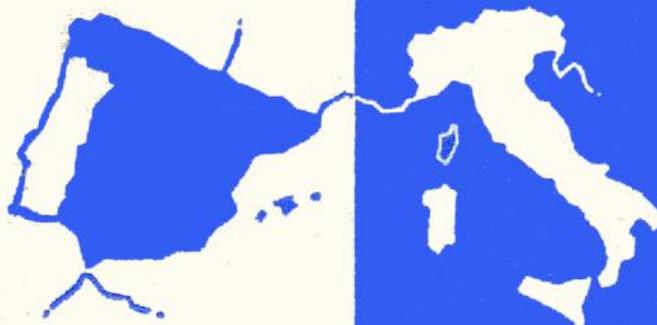


fernando
pérez de sevilla
y ayala

Italianos en España



EDICIONES DEL MOVIMIENTO

ITALIANOS EN ESPAÑA

(REPORTAJE RETROSPECTIVO DE 1936 A 1939)

FERNANDO PÉREZ DE SEVILLA Y AYALA

1958

EDICIONES DEL MOVIMIENTO MADRID

PRENSA GRÁFICA, S. A. Hermosilla, 75.-MADRID

ÍNDICE

I. MEMENTO.....	4
II. LA MIXTURA	6
III. AL FRENTE	9
IV. IL RIPOSO.....	24
V. HACIA EL MAR	27
VI. CATALUÑA	34
VII. «¡RIMPATRIO, RIMPATRIO!»	37

I. MEMENTO

«Sul mió riposo veglia la Spagna risorta nobile e pia.»

Yendo de Guadalajara a Zaragoza, a la altura de Sigüenza y sobre la carretera general, existe una pequeña capilla-cementerio.

Es un cementerio de guerra italiano. En él están enterrados un cabo y cinco legionarios que allí cayeron el 8 de marzo de 1937; estaba anocheciendo cuando yo lo visité, y en el crepúsculo de aquella tarde de otoño pude retener emocionadamente unas frases que alguien inscribió en uno de sus arcos y que encabezan este trabajo.

Iba hacia Zaragoza, y durante el resto del viaje, pensando en aquellos hombres enterrados allí, tan lejos de su patria, y que habían dejado la piel por una causa aparentemente nuestra sólo, pero en el fondo europea, fué cuando me prometí escribir algo sobre la presencia de los italianos en España durante nuestra guerra de Liberación. Algo bien o mal escrito, pero que fuera sincero, que tuviera carácter humano y al margen de toda especulación política o militar sobre la valoración de su participación.

Digo sincero, porque los italianos tienen su pequeña leyenda negra.

Existe un italiano de pandereta y otro real, que fué el que yo llegué a conocer a fondo, en Italia, primero, y combatiendo a su lado, después, en España; aquellos que yo conocí, según digo, eran italianos del año 1937, y eran además de infantería ¹.

La República proclamada el 14 de abril de 1931, y más tarde el llamado Frente Popular, colocaron a España al borde del comunismo.

Se queman iglesias y conventos, se persigue a las Ordenes Religiosas, se cambian los colores nacionales de nuestra bandera; las huelgas, crímenes y desórdenes son continuos y es enorme el quebranto de la economía.

En mítines y asambleas se grita «¡Viva Rusia!» como cosa natural, mientras que los vivos a España eran castigados como «muestras de provocación fascista».

Se abomina y se escarnece entonces todo cuanto huele a nacionalismo o tenga un cariz patriótico. El cuadro es conocido y no precisa más descripción.

Durante cinco interminables años va germinando un llamémosle instinto de conservación nacional, que cristaliza al fin en el Alzamiento del 18 de julio de 1936.

En grupos de provincias triunfa este alzamiento; en otras, no, y así, de una forma insensible y desde un principio, se pasa de un estado latente de revolución al de guerra, quedando perfilados los frentes y ambos bandos beligerantes bien delimitados:

Rojos a un lado, nacionalistas a otro; comunismo y anticomunismo en un inicial antagonismo.

El tablero esta vez fué España, como más tarde habría de serlo Corea o Indochina, para los intentos del comunismo internacional, que vuelca entonces sobre nuestra Patria toda la escoria de los vertederos políticos de Europa. Los organiza, los arma y los bautiza como Brigadas Internacionales, lanzándolos contra el frente nacional en los primeros días de noviembre de 1936, después de una rápida organización.

La bibliografía extranjera sobre estas unidades es frondosísima y continúa estando de actualidad. Raro es el día en que la prensa o las editoriales de otros países no publiquen alguna cosa sobre el batallón «Thaelmann», «Commune de Paris» o el «Garibaldi», que sirvieron de base para la creación de la primera de aquellas Brigadas Internacionales.

Las primeras tropas italianas voluntarias anticomunistas desembarcaron en zona nacional a fines de diciembre de aquel año, y hasta el mes de febrero de 1937 no entraron en fuego por primera vez ².

Se trata de una justa reciprocidad. Vienen a combatir al comunismo como los turcos fueron a Corea o los españoles a Rusia.

¹ El autor se refiere siempre a los italianos que formando parte del Cuerpo de Tropas Voluntarias (C. T. V.) combatieron en el Ejército Nacional durante nuestra Campaña de Liberación (1936-1939).

² «Las primeras formaciones de infantería legionaria italiana no llegarían a Cádiz hasta la segunda quincena de diciembre, o sea setenta u ochenta días más tarde que las masas de voluntarios internacionales a los campos de Albacete.» (Manuel Aznar: Historia militar de la guerra de España. (1936-1939). Cap. X, págs. 316-317.)

En esta época Italia está en plena euforia patriótica, al menos para los que desde fuera la observábamos, y sus voluntarios traen un gran ardimiento.

Lo heroico está allí en boga. Sus publicaciones, su fraseología y toda la vida italiana en general gira siempre en torno a lo épico.

Han luchado con éxito en Abisinia y hablan y no acaban de sus servicios en Eritrea, en Libia y en Cirenaica, y tanto la tropa como la oficialidad profesional, de la milicia o de complemento, rinden culto a lo castrense, al menos en su forma externa.

Taconazos y pasadores, botas altas relucientes, uniformes bien cortados; equipos impecables. Desenvueltos y vivaces, invaden las calles de Sevilla, procedentes de Cádiz, en donde habían desembarcado.

Empieza ya a oírse el «Faccietta Nera»³.

³ Típica canción de guerra italiana, muy en boga entonces y nacida en la campaña de Abisinia.

II. LA MIXTURA

Tomamos contacto con ellos en un acto celebrado en Sevilla el día 1 de febrero de 1937, en el edificio del Colegio de Villasís de los Jesuitas, en donde en mi niñez yo me había educado.

En un amplio salón, y al grito marcial de «¡Señores oficiales. Firmes!», se inició la ceremonia en la que jefes y oficiales italianos y españoles formamos frente a frente, mirándonos entre divertidos y solemnes.

Tras unos discursos y unas copas de vino, vinieron las presentaciones, y allí mismo, aquella mañana, se llevó a cabo un somero acoplamiento de los cuadros.

Quedó de esta suerte constituida la 1.ª Brigada Mixta Legionaria Flechas Azules, y a su 2.º Regimiento perteneció el Batallón de nuestro relato, el segundo que más tarde habría de llamarse de Sierra Argallén.

La verdad es que el contraste entre unos y otros fué desolador, y de esta primera y falsa impresión que les causamos nos vinimos resintiendo hasta el bautismo de fuego de la unidad.

Nosotros, los oficiales españoles, veníamos del frente mal uniformados y algunos hasta mal afeitados.

Ellos, decían, venían para hacer una guerra relámpago, «célere». No comprendían la estabilidad de nuestros frentes por aquellos días ni el por qué no habíamos acabado ya con los rojos.

Escuchábamos con frecuencia la palabra Abisinia, con insistencia que llegó a ser molesta, llegando unos y otros a mantener la susceptibilidad a flor de piel.

Nos menospreciaban, y muchos llegamos a temer el fracaso de tal mixtura militar.

Por aquellos días nos llevaron a Utrera, un precioso pueblo de las proximidades de Sevilla. Sólo contábamos, de momento, con la oficialidad del Batallón, los suboficiales y la tropa italiana. Teníamos el armamento, y a su conocimiento nos dedicamos.

El día 9 de marzo de aquel año de 1937 pasamos a Villa-franca de los Barros (Badajoz) para completarla organización del batallón con la incorporación de la tropa española y terminar la instrucción.

Mientras tanto, españoles e italianos recelábamos unos de otros, disputábamos por nimiedades, y nuestras relaciones eran siempre tensas y faltas totalmente de cordialidad.

Hubo multitud de orígenes de discordias, siempre triviales. Veamos cuáles eran:

La comida de oficiales. Comíamos reunidos, como era natural, y presidía el Comandante; ellos no hablaban español y tampoco nosotros italiano.

Consecuencia: suspicacias, malos entendidos y pitorreos entre nosotros, a lo que tan aficionados somos los andaluces (y lo éramos casi todos). La similitud entre ambos idiomas se prestaba también a la guasa.

Las minutas. Tenían magníficos cocineros, y ya se sabe, canelonis, tallarines, macarrones, etc., los ponían exquisitos; los quesos italianos tienen justa fama, pero a nosotros no nos gustaba aquello.

Total, nos quejábamos de tanta pasta y ellos de nuestros huevos fritos con un aceite extremeño que comprendo no les gustara.

La uniformidad. Ellos usaban su uniforme, no el italiano propiamente dicho, sino uno caqui que habían traído a España y que era casi igual que el nuestro, pero diferíamos fundamentalmente en la boina negra que ellos llevaban y los clásicos gorros de borla que nosotros nos empeñábamos en conservar.

En definitiva, trivialidades, como antes decíamos, tomadas muy a pecho por quienes sólo teníamos como edad media los veinte años, suavizadas y llevadas con un tacto aleccionador por nuestro Comandante, un italiano modelo de Jefe, del que más adelante hablaremos.

Me apresuro a decir que jamás dimos ocasión la oficialidad española a que se nos impusieran correctivos, ni aun por faltas leves. Nuestro patriotismo y disciplina estaban por encima de aquellas puerilidades. También la de ellos.

Todos estos roces fueron desapareciendo poco a poco en el acoplamiento que más tarde fué definitivo, y para llegar a la perfecta compenetración que hubo después, unos y otros, sin que nos fuéramos dando cuenta de ello, fuimos, de forma imperceptible y paulatina, haciendo dejación u olvido de estas pequeñeces.

Llega la tropa española, por fin. Son extremeños de aquel reemplazo, silenciosos, disciplinados y sobrios..., pero a ellos tampoco les gustaba el rancho italiano, y como con esto no se podía andar con diplomacias y constituían además el 95 por 100 de los efectivos del Batallón, inmediatamente se les empezó a confeccionar sus comidas, de las que se encargó un oficial español.

La tropa italiana tuvo su cocina aparte, compuesta casi invariablemente de caldo y carne, monotonía que despreciaban los nuestros.

Desde el primer momento, la tropa española e italiana se entendió perfectamente; no recordamos ningún incidente.

La denominación de «Mixta» que se le dio a la Brigada no dejaba de ser ampulosa, y sólo era exacta en cuanto a los mandos. Por lo que afecta al Batallón de nuestra historia, la proporción por nacionalidades era la siguiente:

De diecinueve, entre jefes y oficiales, once éramos españoles y sólo ocho italianos.

Los suboficiales estaban a partes iguales, y erí cuanto a la tropa, antes queda dicho: sólo un 5 por 100 eran italianos.

Con las consiguientes vicisitudes, la composición era análoga en las restantes Compañías del Batallón y en los otros Batallones del Regimiento. Aumentando la proporción aún más a favor de los españoles al irse produciendo bajas de italianos, que no fueron cubiertas.

En Villafranca de los Barros se inicia la instrucción de las unidades, que fué intensiva y completa. Abundaron los ejercicios de combate con fuego real.

Salvo el Comandante y un Capitán, los restantes oficiales italianos del Batallón eran de complemento. Existía una auténtica profesionalidad por parte de los primeros, y en cuanto a los de complemento, su preparación era también magnífica.

Activos, trabajadores y minuciosos, hacían listas de todo y para todo («ruolini»), palabreja ésta que, como otras muchas de la terminología militar italiana, nos hacía la mar de gracia.

Trabajábamos mañana, tarde y noche y de forma incansable.

Las Compañías estaban alojadas en distintos puntos del pueblo. La nuestra, en el cine del lugar, que disfrutaba de ambos aprovechamientos.

Mientras nos instruíamos, enriquecíamos nuestro acervo musical; cantábamos continuamente, y el milagro principal fué que acabaron cantando también nuestros duros extremeños, un poco serios y parados en sus veinte años, los que no habían cantado nada en su vida, resultando inexpresivos en contraste con ellos, de más edad, veteranía y que se las sabían todas.

En esto del cantar hay que pararse un poco e incluso reflexionar, porque desde Despeñaperros para abajo en España no se canta, al menos en coro, y tampoco teníamos repertorio, pues lo de «Ojos verdes», «El barco velero» y «La Chaparrita» vino más tarde, inexplicablemente infiltrado desde la zona roja, y más tarde también asimilamos las aportaciones de los navarros y norteños.

Ellos, por el contrario, tenían un repertorio inagotable que nos contagiaron, venciendo cierto pudor de arranque que sentíamos, no sé por qué, y así, como antes decíamos, acabamos cantando nosotros también y en cualquier ocasión. En la mesa de oficiales, y a los postres, el «Himno a Roma» o el «Mamma ritorno», recuerdo nostálgico de aquella tan cacareada campaña de Abisinia, que los inundaba de orgullo, iniciaban la serie que más tarde derivaba hacia interpretaciones menos patrióticas y en ocasiones menos audibles.

En los acuartelamientos, la tropa italiana cantaba por su cuenta. Con aire solemne, en grupo y pasándose los brazos por los hombros entre sí, saboreaban las estrofas de un aire melancólico que llamaban «A rapporto signor Colonnello», bajo la escucha chungona de nuestra gente.

Salíamos a instrucción y cantábamos con aire de marcha cualquiera de sus creaciones de este tipo, y al paso de maniobras, ¡cómo no!, se cantaba también. Las predilecciones iban entonces hacia el grupo o serie de las llamadas «Osterie» (hosterías).

Había la «Ostería» número 1, la 2, la 3, y así sucesivamente. Eran a cuál más obscenas, pero tenían gracia. Algo así como el «Dónde le puse la mano», que se canta en La Legión desde que se fundó.

Cantar, para ellos, era una función tan normal como la respiración.

Un Sargento, Faita Francesco, listo, valiente y napolitano de nacimiento, después de recibir de su oficial una tremenda bronca, se incorpora acto seguido a su pelotón en marcha, cantando a todo pulmón con cara compungida. ¿Falta de pundonor o disciplina? Nada de eso.

Y cantando nos fuimos al frente.

III. AL FRENTE

El día 14 de abril de 1937 despliega por primera vez y entra en fuego el Batallón.

Se ocupa aquel día el cerro del Toro y la sierra de la Grana, en el sector de Fuenteovejuna, frente de Córdoba.

El transporte de tropas se hizo a la perfección y los servicios funcionaron con automatismo. Las marchas fueron rigoristas en cuanto a puntualidad y cumplimiento exacto de las órdenes escritas y verbales recibidas. El enlace y las transmisiones estaban a punto.

Pero por aquellos días vimos tristes a nuestros compañeros italianos. Tenían las caras largas y cuchicheaban entre ellos; cuando nos acercábamos, callaban.

Pronto nos enteramos: el «Corpo Truppe Volontarie» (C. T. V.) había sufrido un revés en el frente de Guadalajara. Este C. T. V., «Chitivu», como fonéticamente se pronunciaba la sigla, estaba constituido entonces por cuatro Divisiones mandadas por el General Roatta, y éstas, a su vez, por los generales Rossi, Coppi, Nuvoloni y el popular Bergonzoli, al que llamaban «Barba Eléctrica», tan valeroso y dinámico, que de ahí le venía el remoquete.

El C. T. V. había tomado parte en las operaciones para la liberación de Málaga. Estaba constituido por italianos exclusivamente, unos treinta y cinco mil hombres, y el revés a que aludimos pudo atribuirse más que nada a una excesiva confianza en sí mismos.

Las operaciones sobre Málaga habían sido sencillas; esto les hizo despreciar al enemigo. Les faltó también veteranía y preparación a aquellos voluntarios, que más tarde se sacarían la espina.

Estaban, además, imbuidos por sus éxitos coloniales, la celeridad, la despreocupación por los flancos, las puntas de acero, etc. Toda aquella literatura estaba bien en tanto y en cuanto no se encontrara un enemigo que aguantase como aguantó en Guadalajara y en tantos otros sitios, que si no, no hubiera durado, como duró, dos años y medio la guerra civil.

La propaganda roja se cebó contra los italianos en términos brutales, infiltrándose de rechazo a la zona nacional. Pero volvamos a nuestro Batallón.

El efecto psicológico de estas noticias fué notable en ellos. Su moral, pese al natural disgusto, permaneció inalterable e incluso se hizo más firme al ser más auténtica, perdiendo énfasis. Se hicieron más cautos, y sobre todo aprendieron a no menospreciar al enemigo, dándose cuenta de que la cosa iba en serio y de que no se trataba de hacer ejercicios tácticos, haciéndose a la idea de que la guerra era dura y larga y de que nosotros teníamos razón cuando con ellos discutíamos.

No volvieron a hablar más de Abisinia ni volvieron tampoco a fantasear.

Aquellas posiciones del cerro del Toro y de la Grana ya habían sido guarnecidas por fuerzas nuestras muy castigadas y diezgadas, que fueron sustituidas aquel día por nosotros, efectuándose un paso de línea o escalón.

El suelo estaba sembrado de despojos, vendas ensangrentadas, cantimploras y otros efectos rotos, y el intenso y dulzón olor de las jaras que cubren aquellos montes de Córdoba se mezclaba al olor de los muchos muertos a medio enterrar.

Durante el día nos hostilizaba la artillería roja casi continuamente y con una enorme precisión, y por las noches nos jugábamos la vida recorriendo la línea, porque el número de granadas de mano sin estallar que había por el suelo era infinito. De día las veíamos, porque las teníamos balizadas con piedras, pero al oscurecer, la cosa, como en las barracas de feria, se convertía en un juego de pulso, suerte y habilidad, y en este sorteo a más de uno le tocó la papeleta.

Estábamos inmóviles, casi todo el día aguantando el chubasco de la artillería, y si uno se adormecía, los cuervos, buscando carroña, se aproximaban en grandes bandadas, se posaban en nuestras inmediaciones y al menor movimiento se desbandaban con grandes graznidos. Como en la película «Las cuatro plumas», pero de verdad

Empiezan las bajas, y en Llerena, a retaguardia, funciona un pequeño hospital de campaña nuestro, que se va llenando a ritmo acelerado de españoles e italianos.

Algunos ya estaban enterrados juntos en aquellos días, en una hermandad que debe ser inolvidable para todos los españoles.

Los italianos empezaron a vernos a los españoles tal cual éramos. Sus uniformes ya estaban deslucidos como los nuestros, y algunos hasta ensangrentados; no tenían ni tiempo ni agua para adobarse, y bajo esta falta de brillantez externa, ya denominador común, lo auténtico de cada cual fué lo que empezó a valorarse.

Relataré una anécdota ocurrida días después, y que fué sintomática:

Por primera vez comíamos todos reunidos los oficiales del Batallón desde nuestra llegada al frente. Ocupábamos unas posiciones de aquel sector con un despliegue menos severo. Se había incorporado un Teniente italiano, que no recuerdo por qué había estado ausente, todos hablábamos ruidosamente, y en uno de estos silencios totales e inesperados que se producen se oyó la voz de aquel oficial, que decía a otro italiano que estaba a su lado: «El soldado italiano es el mejor soldado del mundo.» El silencio fué penoso; nos dábamos con los pies por debajo de la mesa, y su interlocutor le respondió: «Acabas de llegar al frente. Ya formarás tu juicio más adelante.» La contestación fué espontánea y hecha también en voz baja; ambos quedaron confusos, salvándose la situación al reanudar acto seguido uno de nosotros las bromas y voces que se habían interrumpido.

El día 21 de aquel mes sufrimos un duro ataque de los rojos, que se inicia al amanecer y dura todo el día, y que fué rechazado.

Vemos por primera vez emplear las ametralladoras de 20 mm. antiaéreas contra objetivos terrestres.

Dos carros de combate «Vicker Carde», rusos, irrumpen en nuestro centro de resistencia («Caposaldo»), frasecilla que, como tantas otras, nos hacían mucha gracia, porque sonaba aquello a camposanto, y de hecho resultaba así a veces para muchos, así se llamaba en italiano la organización defensiva de un batallón.

Puntualmente llega nuestra aviación, aquellos «JU 88», que llamaban. «Pavas» nuestros soldados. Una bomba de las que lanzan, como colocada con la mano, le saca las cadenas a uno de los carros; el otro trata de remolcarlo; nos lanzamos sobre ellos y los apresamos.

Después habríamos de encontrarlos en la estación de Llerena, cuando íbamos a operar al frente de Extremadura, ya montados en las bateas de un convoy de transportes, en manos del servicio de recuperación y despojados ya de su pavorosa vitola.

Estaban nuevos y aún figuraban intactas en su interior unas etiquetas, de la factoría debían de ser, porque aquello estaba escrito en los más ortodoxos caracteres cirílicos. Por allí encontró alguien una lata de auténtico caviar soviético, y entre los jarales y en las inmediaciones de los carros dimos con un comisario político.

Estaba herido en el vientre de gravedad, gritaba pidiendo auxilio, insultando con terribles denuestos a sus compañeros por haberlo abandonado; las voces nos fueron guiando entre el monte bajo, que ardía a trechos, y destrozándonos la ropa, lo encontramos. La impresión de aquel desgraciado cuando vio que éramos nacionales los que acudíamos en su auxilio fué enorme; se le hizo una cura de urgencia, lo metimos en una camilla y lo llevamos al puesto de mando del Batallón, en donde recibió la debida atención sanitaria.

Cuando regresamos con el herido a nuestras líneas (los carros quedaron, de momento, en tierra de nadie), los rojos pagaron nuestra obra bélica de caridad, al hacernos visibles buscando al herido, con un violento fuego de artillería que gracias a los benditos desvíos, no tuvo mayores consecuencias.

Hemos relatado el primer combate de importancia que tuvimos. Nuestro primer encuentro con los carros de combate rusos y la captura del primer prisionero.

Por lo que afecta a los carros, combatirlos, rechazarlos y capturarlos, sin los medios defensivos de que ahora dispone la infantería, equivalía a un auténtico espaldarazo o credencial de combatiente, y por lo que se refiere a la captura del prisionero, si la hemos referido ha sido sólo para poner de relieve el trato humanitario que a aquel te le dio. Análogo comportamiento se tuvo siempre con los prisioneros durante toda la campaña en nuestra unidad, y esto era lo que importaba mayormente señalar.

Ernest Hemingway, en una de sus magistrales obras, ambientada en la guerra civil española, hace cortar las cabezas a los cadáveres de unos soldados rojos, y la macabra mutilación la ordena a sus hombres un oficial de Caballería nacional, que después de exterminar a una partida de aquéllos, infiltrados en la retaguardia propia, se lleva los despojos como trofeo y evidencia de su victoria ⁴.

Al Premio Nobel se le fué la mano cargando las tintas. El no pudo ver aquello, ni nadie pudo habérselo contado, porque hechos de esta naturaleza no ocurrieron nunca en las filas nacionales, aunque pudieran resultar frecuentes entre los sioux.

⁴ Ernest Hemingway: Por quién doblan las campanas.

Por ésta y otras cosas, temo que esta relación, modesta, pero verídica, de una faceta de nuestra guerra, pueda resultar un tanto sosa, al no hacer concesiones al tremendismo escatológico tan al uso, y así, los italianos que describo son seres normales, con sus normales defectos y virtudes, pero que así eran, al menos los que yo conocí, y temo decepcionar también, ya que en nada se parecen a los que nos describió en «La Piel» su compatriota Malaparte.

Salvadas estas disgresiones, consignemos que el parte de guerra o «Boletín de Información» del Cuartel General del Generalísimo, fechado en Salamanca el 22 de abril de 1937, en el apartado relativo a las operaciones del Ejército del Sur, consignaba lo siguiente:

«Se confirma el durísimo castigo sufrido por el enemigo en el sector de Peñarroya.

»El campo de batalla delante de nuestras posiciones aparece cubierto de cadáveres, pasando de trescientos cincuenta los recogidos en la sierra de la Grana. El espíritu y arrojo de la 1.ª Brigada Mixta han sido extraordinarios, persiguiendo al enemigo y capturándole dos tanques rusos.»

M. Sánchez del Arco, en el A B C, de Sevilla, del día 25 de abril de 1937 (año trigésimotercero, núm. 10.577), publicó un expresivo artículo sobre las operaciones anteriormente relatadas y que titulaba: «Duerme tranquila Peñarroya».

A la altura de estos veintitantos años resulta verdaderamente enternecedor sacar estos papeles, ya amarillentos, conteniendo un relato de guerra que, si bien entonces tuvieron su interés, hoy lo tienen aún más, no sólo por la nostalgia de que nos impregna al repasarlo, sino por sus cualidades descriptivas de un fenómeno que entonces para nosotros nos pasaba inadvertido, pero que ahora nos choca al recordarlo; a escasos kilómetros del frente, la vida en los pueblos continuaba su ritmo pacífica y normal.

Y como el artículo es corto, no resisto a la tentación de transcribirlo íntegramente:

«A B C en el frente andaluz.—"Duerme tranquila Peñarroya".—(Crónica telefónica de nuestro redactor.)— Acucian a los rojos las necesidades de la guerra. Tanto como lo que se refiere al factor espiritual, ya en claro y cierto derrumbadero, les urge lo que con los intereses materiales se relaciona. Ello explica el empeño puesto en obtener un éxito en este frente del Sur que les compense de los retrocesos en el Norte y de la pérdida, ya inminente, de cuantiosos intereses materiales.

Dejé hace unos días este frente de Peñarroya para recrear la vista en paisajes cordobeses de sierra y campiña e inclinar mi frente en tierras de Jaén, ante el más alto altar donde se revela, nimbada de gloria, entre nubes y soles de cumbre, el alma española. Hoy vuelvo a esta línea, objeto de codicias, a esta línea minera y fabril de Peñarroya-Pueblo Nuevo y de Fuenteovejuna serrana. El enemigo ha vuelto a ensayar un ataque a todo este frente, de noroeste a sureste, buscando envolver la cuenca, negra de carbón y trabajo, desde Villaharta a Fuenteovejuna.

»Dos Brigadas del ejército internacional rojo buscaron la infiltración, que creían fácil, al oeste de Fuenteovejuna, entre la sierra de La Grana y la Coronada. Hallaron resistencia organizada y fueron corriendo el ataque hacia el este, acometiendo con tenacidad entre La Grana y el vértice de Navalagrulla.

»Hubo gran fantasía artillera. Batieron durísimamente nuestras posiciones, sobre todo la del Cortijo de los Lobos, que es el punto más avazado de la línea en dirección al triángulo Los Blázquez-Valsequillo y La Granjuela, transitoriamente rojo.

»Fué un verdadero alarde artillero. proyectiles de grueso calibre cayeron a centenares entre los chaparros y los jarales, llenos de flores que morían entre el humo denso. Volaban las piedras de la sierra cordobesa pulverizadas por proyectiles fundidos en Rusia y llegados hasta nosotros por ese mar de civilización, tan mal vigilado, vía tan fácil para el odio asiático.

» Volaban rotas las piedras, pero los hombres seguían allí, y detrás de la línea de resistencia, inmovibles, las tropas de maniobra, bien dotadas de máquinas, que aguardaban su momento.

»La aparatosa preparación artillera advertía el propósito enemigo.

»Nuestra línea iba a ser rota. Al fin se inició el ataque. Parecía que al cabo cedía la línea a la presión roja. Había una flexión del frente, tan insistentemente batido. Por la línea, aparentemente rota, fué entrando el enemigo, precedido de sus tanques. La Grana y Navalagrulla iban a caer; pero de pronto las piedras se animaron, y allí donde más duramente batió la artillería roja, surgieron los hombres de España, que con fuego activísimo de ametralladoras cazaron en red de muerte a los atacantes. Se llegó con la mano al pelo. Los antitanques destruyeron dos carros y dejaron otro en un cepo, imposibilitado de regresar a sus líneas, pues nuestros cañones le cerraban el camino. Otros dos tanques fueron cogidos. Total, cinco carros perdidos para el enemigo.

»Doscientas bajas abandonaron en el campo los rojos. Nuestra artillería, emplazada habilidosamente, rompió el fuego en el momento oportuno, sin descubrirse ante los cañones enemigos.

Y así, desde La Grana, en lindes de la Granja de Torre-hermosa hasta Villaharta. Querían estrechar por este lado, desde Pozoblanco, Alcaracejos y Villanueva del Duque, la cuenca minera de Peñarroya.

»Ayer, alegremente, el humo de cien chimeneas manchaba el cielo gris con un viento que traía nubes transitorias; los trenes se acercaban a las negras montañas de carbón. No había peligro. La línea es inexpugnable, Andalucía se enriquece con este centro fabril y minero, ya que cuenta con obreros disciplinados, eficaces soldados de España.

»Cuando nosotros, porque alguna realidad económica lo pida, queramos una cuenca minera y emprendamos la marcha sobre ella, será con paso seguro, cada día un progreso, y nada fiaremos al sabotaje en riquezas que son nuestras.

»Ahora, extremada la vigilancia, guardamos esta cuenca de Peñarroya, contra la que se ha roto la ofensiva roja, dejando los dientes entre las piedras, entre las que se ve como un obelisco el viejo castillo de Bélmez, centinela del paisaje. M. Sánchez del Arco, en el frente de Córdoba.»

Salvada esta digresión, consignaremos seguidamente, siguiendo el relato, que fuimos a ocupar unas posiciones en el sector de la Granja de Torrehermosa, límite entre el frente de Córdoba y el de Extremadura, estableciéndonos a vanguardia de la Aldea de Cuenca y de su cementerio, en donde días antes los rojos, en un golpe de mano silencioso efectuado por los llamados «hijos de la noche», habían pasado a cuchillo a una escuadra nuestra, llevándose de paso su armamento y un fusil ametrallador.

Los italianos tenían una idea clara y moderna de la sistematización defensiva, sobre el asentamiento de las armas automáticas y demás pormenores profesionales que nosotros ignorábamos, porque hay que hacer constar que, salvo un Capitán, que era profesional, el resto de la oficialidad española éramos Alféreces Provisionales, con un caudal enorme de entusiasmo, pero también de inexperiencia.

Nuestra gente cavó y se atrincheró, y al final todo quedó perfectamente enmascarado en aquellos puntos de apoyo. Fueron unas auténticas prácticas de organización del terreno para el combate.

Mientras tanto, y sin el poético nombre de hijos de la noche, también nosotros intentamos devolverles a los rojos el golpe del cementerio.

Voluntarios al mando de un oficial español se infiltraban de noche por las soluciones de continuidad que presentaba el frente enemigo a la busca y captura de prisioneros. Se seguía en la noche sin luna el itinerario de un arroyo normal a ambas líneas. Las ranas de aquella acequia cantaban alegres hasta que sentían nuestros pasos y, callándose, se zambullían. Aquella treta de las ranas, repetida una y otra noche, nos ponía a la patrulla en mortal evidencia; no obstante, los rojos no se dieron nunca cuenta de que hurtábamos a sus flancos y retaguardia, o no quisieron darse cuenta, que es lo que hoy pensamos que más bien pudo suceder.

Transcurrieron estos servicios sin pena ni gloria, hasta que fuimos relevados y llevados a Extremadura, lo que ocurrió exactamente el día 10 de junio de aquel año.

Por aquellos días alguno llegó a dormir de día ininterrumpidamente, durante cerca de quince horas sin comer, sin importarle el calor, las moscas y otros insectos, recobrándose así de la? excursiones nocturnas paralelas al arroyo.

No se había conseguido aún ningún permiso, y uno de nuestros oficiales españoles tenía novia en Sevilla, lo que suele ocurrir frecuentemente a los veintiún años. Era de la 5.ª Compañía, y su Capitán, Carmelo Giangrecco, oficial italiano del que hablaremos. A Giangrecco le gustaban las lechugas y se las comía crudas, sin aliñar, sin lavar y a cualquier hora. El alférez le había pedido un breve permiso, que el Capitán le denegó. «¡Llévale una lechuga de la huerta!», le dijimos. Había una huerta, en efecto, abandonada y en tierra de nadie, adonde fué a por ella el oficial, diciendo sólo a su regreso que se iba a Sevilla por unas horas con su permiso concedido. Ante el asombro de todos, vimos en aquel momento cómo en la puerta de su chabola Giangrecco se comía una lechuga.

El día 10 de junio, pues, nos trasladamos, en una columna de impecables camiones Fiat, hacia el frente de Extremadura.

Se trataba de hacer una rectificación de nuestras líneas para ocupar, desalojando al enemigo de sus posiciones fortificadas del Puerto de los Americanos, en la sierra de Argallén, o de los Argallenes, y dominar con su conquista el valle de la Serena.

El día 12 atacamos las posiciones rojas. Nuestra base de fuegos actúa con precisión y el asalto de las compañías de fusiles se realiza bajo el fuego de las ametralladoras.

El enemigo aguanta, y a bombazos de mano los desalojamos, combatiéndose dentro de los ramales de trincheras entre gritos de «¡Viva España!».

Atacamos y combatimos cantando. Salvando las bajas, todo se desarrolló como en un ejercicio de combate con fuego real.

En una línea posterior se hicieron fuertes los rojos, fortificándose durante la tarde y la noche del 12 al 13. También recibieron refuerzos. Aquella línea era propiamente el Puerto de los Americanos, desde el que se dominaba todo el valle de la Serena.

Al amanecer del día 13 los rojos empezaron a disparar sus armas automáticas, y en las pausas, valiéndose de la ametralladora rusa «Maxim», de carrillo y cinta, hacían con unos cuantos disparos la onomatopeya de «una copita de ojén», demostrándonos así que estaban advertidos y que aún conservaban restos de humor.

Los disparos sincopados cesaron cuando de nuevo atacamos cantando a la carrera, descolgándonos hacia un barranco que nos separaba e iniciando la ascensión a las posiciones rojas bajo un violentísimo fuego de aquellas ametralladoras rusas.

El monte bajo empezó a arder como consecuencia de los morterazos, y entre jarales ardiendo asaltamos de nuevo.

El Puerto de los Americanos y la sierra de Argallén fueron ocupados.

Recordamos el calor espantoso de aquellos días de junio en lo que llaman el desierto de Llerena.

La sed, la ropa destrozada y chamuscada de los incendios, y recordamos más que nada el espíritu y la combatividad de aquellos componentes del Batallón, que habría de llamarse desde aquel día, bautizado por el Mando, Batallón Sierra Argallén.

Dos oficiales españoles fueron condecorados sobre el campo con la Medalla italiana de plata al Valor Militar.

Uno de ellos habría de morir más tarde frente al enemigo.

El parte oficial de guerra del Cuartel General del Generalísimo, fechado el día 12 de junio de 1937, en Salamanca, decía textualmente así:

«Frente de Extremadura. Fuerzas legionarias han ocupado brillantemente algunas posiciones a vanguardia de nuestras líneas, en las sierras de Avila y Argallén, haciendo huir al enemigo, que sufrió numerosísimas bajas, cogiéndole treinta y cinco prisioneros.»

Aun a trueque de resultar monótono, quisiera, no obstante, insertar otro artículo de prensa publicado sobre estas operaciones. Está firmado con las iniciales R. N. Se titula «Flechas Azules», y su tono, aunque ingenuo, es extraordinariamente veraz. Quien fuera el que escribiese dicho artículo, debió oír un relato reciente de aquello por boca de alguno de sus protagonistas.

Lo que cuenta sobre el zorro es totalmente auténtico, pero no se trataba de un zorro, sino de una liebre, aun cuando el detalle zoológico sea lo de menos. Este es el artículo:

«"Flechas Azules".—No sé si alguna vez en la historia estas sierras norteñas de Badajoz han sentido el paso de algún conquistador. Hoy, en los pasados días, han sido testigos del paso firme y triunfador de las Flechas Azules; España les dio un cometido y la Brigada lo ha llenado a maravilla.

»Un día desagradable en el campo, por el mucho viento y polvo y una noche en marcha hacia el enemigo. El II Batallón del 2.º Regimiento avanza en el silencio de la noche, que sólo turba el relinchar de los mulos. Con el nuevo día nuestros soldados toman posiciones precisamente en los sitios que se creían avanzadas del enemigo. Son las cinco de la mañana del día 11, y sin un solo tiro quedan en nuestro poder aquellas posiciones. ¡Feliz comienzo, prenuncio de horas gloriosas! Al día siguiente, la mañana del 12, el Batallón se lanza al asalto por vez primera. Ni viejas trincheras ni ametralladoras rusas pudieron resistir el empuje brioso de las Flechas Azules, que se adueñan de las primeras estribaciones de la sierra Argallén. Los rojos, la Brigada Mixta número 100, vuelven vergonzosamente las espaldas, y los Flechas Azules corren tras ellos, persiguiéndolos cuesta abajo como a conejos. Un prisionero, otro... «¡Aquel... que no se escape», grita un soldado; al ser registrado sacó entre sus papeles una estampa de la Virgen. La sorpresa del capitán fué gratísima.

»—No sabe usted, mi capitán, cuánto me ha costado conservar esta estampa...

»—No temas; la Virgen, que te ha salvado, te salvará siempre entre nosotros...

»El primer encuentro del II Batallón con el enemigo ha sido brioso. Lo» prisioneros, muchos; nuestras bajas, escasas; la moral de nuestros muchachos, enorme. Ha pasado el mediodía y los soldados no han probado bocado; sin embargo, quieren seguir adelante, y los jefes tienen que moderar el entusiasmo, y se da la orden de permanecer en las últimas posiciones. Estos buenos soldados españoles, callados,

resistentes, valerosos, han dejado satisfecho y admirado al mando. En ellos se puede confiar. Son ya legionarios cien por cien.

»Bien se iba a demostrar al día siguiente. Muy temprano apenas amanecido, estos infatigables guerreros se aprestan para el avance, protegidos por nuestra aviación y por el fuego de la artillería. En el momento señalado saltan los parapetos, y apenas han bajado a la ladera contraria empiezan a ser batidos por las ametralladoras rojas. No importa. El himno de La Legión, que llena los aires, enardece a aquellos bravos, que avanzan impávidos; tanto, que las ametralladoras enemigas suspenden su fuego, atónitas ante aquel ímpetu que arrolla sus trincheras. Pronto se rehacen y el bombardeo trágico de las máquinas moscovitas azota crepitante y desagradable los oídos, sin lograr acallar los cantos guerreros de los hijos de España. Allí caen para siempre algunos valientes, y los trigos dorados —pan y porvenir de la Patria— cubren sus cuerpos. ¡Flechas Azules, los que caisteis; ¡Vuestras vidas, como el trigo que muere en el surco, serán fecundas para la Patria!

El crepitar de las máquinas era horroroso; las ráfagas de fuego cruzaban crueles el aire, y la marea pujante de nuestros soldados no cede y lucha insistente por escalar las crestas que escupen fuego.

El momento es terrible e imponente, y entonces ocurre algo insólito.

El espíritu infantil de los muchachos, más fuerte aún que el instinto de conservación, ha descubierto algo, al parecer más interesante que las ráfagas que siegan las vidas. Un zorro, ¡¡un zorro!!, se oye gritar por varios sitios, y algunos soldados persiguen a tiros al pobre animalito, que huye entre las jaras. ¿Serenidad, despreocupación, valentía?... De todo hay en estos soldados españoles.

Ved a ese otro grupo pequeño. Van con un valiente capitán andaluz a rodear una loma, y, cual si fueran legión, caen decididos, como un talud, por retaguardia, sobre el enemigo. El intento se ha logrado. Los rojos están copados y aún no se han dado cuenta. Un rojo, servidor de una ametralladora, cargado con su caja de municiones, se encuentra cara a cara con nuestro capitán, que le apunta con su pistola.

—No me mate, capitán, que yo no he abandonado la ametralladora. Le juro que está allí y que voy por municiones.

—¿Tú, quién eres?—replica el capitán.

—Soy un sargento de ametralladoras de la columna Cartón.

—Pues yo soy un nacional.

Oír nacional y tirar la caja y correr ladera abajo fué todo uno.



De izquierda a derecha, los tenientes italianos del Sierra Argallén: Andreatta, Nicolini, Labonia y Cannata (†)



Carmelo Giangrecco, «Primo Capitano» de la 5ª Compañía. Nuestro capitán



Fernando Tanucci Nannini, jefe del II Batallón Sierra Argallén. Nuestro comandante.



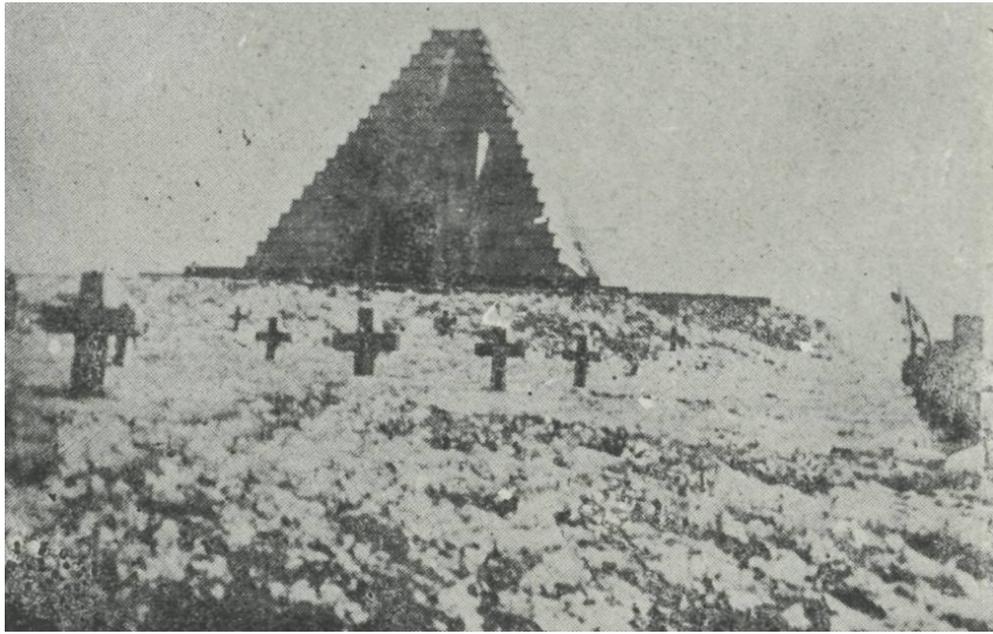
El coronel Carnimeo, jefe del 2º Regimiento Mixto Flechas Azules. Nuestro coronel.



Capilla-cementerio de guerra italiano, en la carretera de Zaragoza a Guadalajara.



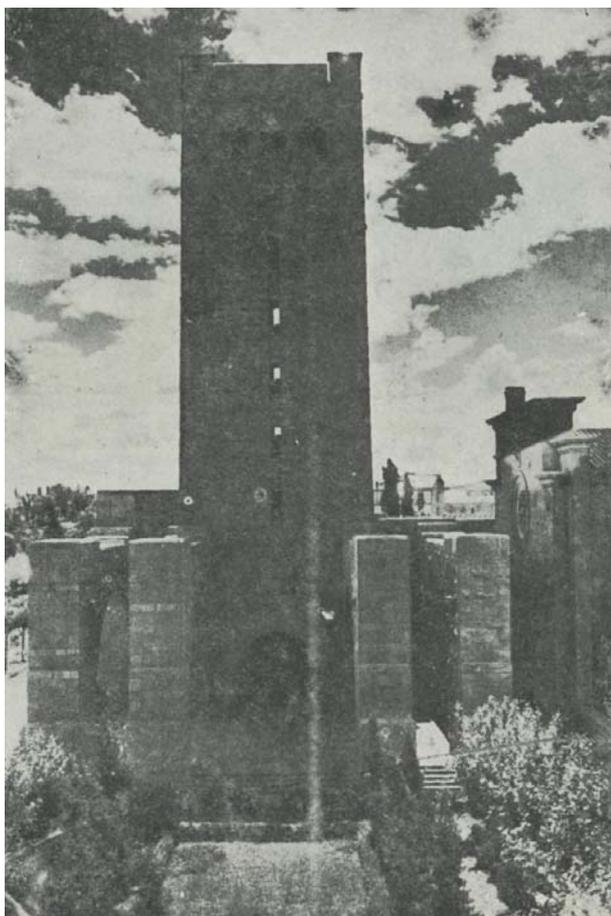
Una tumba italiana de la capilla-cementerio, en la carretera de Zaragoza a Guadalajara.



Monumento a los caídos italianos en el cementerio de guerra del Puerto del Escudo (Santander).



Portada del cementerio de guerra italiano del Puerto del Escudo.



Torre del cementerio de guerra italiano de Zaragoza.



Capilla del cementerio de guerra italiano de Zaragoza



SUBOFICIALES Y TROPA
DEL

BATALLÓN ARGALLÉN

SEGUNDO REGIMIENTO

FLECHAS AZULES

CAIDOS GLORIOSAMENTE POR DIOS Y POR LA PATRIA

EN EL FRENTE DE CATALUNYA

R. I. P.

El jefe, Oficiales, Suboficiales y Tropa del Batallon ruegan una oración por sus almas.



ALFABETICO
DON VICENZO TACCIA DON JOSE DE LA CAMPA GARCIA

ALFABETICO
DON VICENZO CANNATA DON JOSE IGNACIO DE FRANCISCO

ALFABETICO
DON ANTONIO BOSSONETTO DON SANTIAGO MUSSONS CLARAMUT

ALFABETICO
DON EDUAPLO Tuset VILLALOBOS DON JACOBO GARCIA RUIZ-MORON

ALFABETICO
DON ARTURO GALLEGO ROSELLO DON MARCOS SERRANO SANZ

del BATALLÓN ARGALLÉN segundo Regimiento de FLECHAS AZULES

MUERTOS GLORIOSAMENTE POR DIOS Y POR LA PATRIA EN EL FRENTE DE CATALUNYA

R. I. P.

El jefe, Oficiales, Suboficiales y Tropa del Batallon ruegan una oración por sus almas.

Esquela de defunción de los oficiales italianos y españoles del Batallón Sierra Argallén caídos en el avance hacia el mar



Esquela de defunción de los oficiales italianos y españoles de nuestro Regimiento Mixto 2.º de Flechas Azules, caídos en los frentes de Aragón y Cataluña durante las operaciones de ruptura del frente de Teruel y avance hacia el mar. Publicada por el «Noticiero», de Zaragoza, del día 11-V-1938



Más allá es otro grupo de milicianos que se acerca con precaución a los nuestros. ¡Alto!, grita el capitán, y cuatro hombres tiran maquinalmente el fusil, extrañados de verse rodeados, mientras otro quiere apuntar tras una encina con un fusil ruso.

El capitán le conmina a que tire el arma, y humildemente arroja el fusil. Son cinco hombres, y el capitán advierte con sorpresa que no tiene más que dos soldados consigo. «¡Fuego al que se mueva!», grita con energía a sus soldados. Entre tanto aparecen rojos por todas partes. ¿Son prisioneros, son atacantes? ¿Quiénes son los copados? El valiente capitán, que no cuenta sino con su pistola y tres bombas de mano, avanza con sus prisioneros, y, temiendo ser copado, se retira hacia el cerro.

Por todas partes, prisioneros. Hasta setenta se cuentan en un momento. Cada soldado trae su botín: ametralladoras, caretas antigases, latas de conservas, caballos, mulos, etc.

Un día lleno y una acción magníficamente dirigida por el inteligente comandante del Batallón y sus valerosos oficiales.—R. M.»

El artículo anterior, amarillento y destrozado, no tiene indicación alguna de si pertenecía a algún diario de Sevilla, pero más bien creo que fuera de Badajoz.

Podría seguir cronológicamente detallando las incidencias del Batallón en los días y meses siguientes, pero sólo lo haremos a grandes rasgos.

Se guarnecieron aquellas posiciones conquistadas. Se rechazaron contraataques rojos y se dio con éxito algún golpe de mano por nuestra parte, y mientras tanto el fuego de la artillería enemiga sobre nuestras unidades se sufría con resignación y bajas consiguientes.

Hasta ahora hemos venido hablando del Batallón, pero no de su Comandante, de quien, sin más dilaciones, vamos a ocuparnos.

Mandó el Sierra Argallén el Comandante italiano Fernando Tanucci Nannini. Napolitano de nacimiento y antiguo oficial transformado, como nosotros diríamos ahora, pues la primera guerra mundial la hizo como oficial de complemento, y, terminada aquélla, fué promovido a oficial en servicio activo permanente, según la terminología militar italiana, después de haber pasado por la Academia.

Procedía de los «bersaglieris», unidades éstas que pudiéramos calificar de infantería ligera.

Desfilan corriendo acompasadamente estos bersaglieris, los sombreros que usan, verdaderamente peculiares y parecidos al de nuestros picadores de toros, los llevan reglamentariamente adornados con plumas negras de gallo, y el casco de acero también.

Tanucci iba vestido como todos, y como todos también iba tocado, hasta que un día apareció con el casco con plumas. Quiso darnos una sorpresa y lo consiguió, porque aquello fué inenarrable.

Durante la gran guerra había salvado la vida, rescatándolo a un piloto inglés derribado por los austríacos entre ambas líneas, llevando a cabo una acción llena de sabor caballeresco. Por ello le fué concedida la Cruz Victoria inglesa. El no se la ponía, y sólo en una ocasión se refirió a ello entre nosotros, porque tenía como cierto pudor en ello. Las sanciones contra Italia y la enemiga inglesa por lo de Abisinia tenían la culpa de sus rubores.

De un temperamento excitable y nervioso, no se estaba quieto un momento y tenía el don de ubicuidad; para colmo, se tomaba al día un número incalculable de tazas de café, aquel café italiano, extraordinariamente bueno. Y, cosa rara, tenía mal oído y no cantaba.

Lo recuerdo más que nada en motocicleta, una Güera con la que continuamente iba y venía, y a cuyo motorista, un italiano de su plana mayor, lo traía por la calle de la amargura; porque gritaba, además, como un energúmeno cuando su paciencia, que era poca, se agotaba.

Se daba la orden de marcha y como autómatas se desmontaban las tiendas de campaña, se recogían los equipos y se formaba bajo la mirada impaciente y los improperios de Tanucci, que, con el mentón saliente bajo el barboquejo de su casco emplumado, se movía inquieto de un lado a otro, pareciéndole siempre lentos los movimientos de las unidades, que eran, por cierto, velocísimos.

¿A qué hora dormía? No lo supimos nunca, porque en su tienda de campaña o en la chabola siempre estaba encendida la luz y él trabajando.

Era un auténtico jefe de infantería, por su preparación profesional, por su enorme espíritu y por su gran valor personal.

En cuanto a su personalidad, era de una reciedumbre extraordinaria. Buen conversador, cuando hablaba él todos le escuchábamos, y no por un imperativo de su superior empleo, sino porque realmente se

hacía automáticamente el silencio en torno a él; siempre tenía a punto la anécdota oportuna o la frase chispeante.

Pésimo lingüista, no llegó a aprender el español, ni siquiera intentó hacerse comprender; pero aun el más cerrado de nuestros soldados captaba lo que de él proviniera sin confusiones, porque sus gestos y su mímica, netamente napolitanos, eran siempre sobradamente expresivos.

La mesa de oficiales solía ser, a los postres, un auténtico hervidero de discusiones, ya que los principios de la digestión y el tinto acusaban aún más nuestros temperamentos meridionales. Cuando éstas tomaban un sesgo incómodo, Tanucci las cortaba con su voz de trueno y alguna ocurrencia que surgía de su buen humor contagioso, de hombre sano y pictórico.

El coronel Bramble, de la obra de André Maurois ⁵, zanjaba las conversaciones enojosas en su plana mayor haciendo sonar un disco de gramófono que, por lo visto, siempre tenía a mano, más o menos pensadamente y con este fin. El Comandante lo hacía con igual habilidad, pero con mayor mérito, porque callar a unos escoceses, más o menos empapados en whisky, es faena de niños comparándola con la misma operación ante napolitanos, sicilianos y andaluces enardecidos. Gran mérito el suyo. Aún lo recordamos, y por esta y otras muestras de tacto y mano izquierda para el mando, se hacía querer y respetar.

También él quería y respetaba a los españoles. Su energía y aun su violencia le hacían a veces temible para holgazanes y remolones.

Una vez más volvió con sus plumas negras al combate, y en diciembre de 1941, en Libia, durante la segunda guerra mundial, una granada inglesa estuvo a punto de borrarlo de las listas de los Cruz Victoria.

Costó un año al mejor especialista de Bolonia dejarlo en condiciones de no cojear para el resto de su vida.

En España tenía, al principio de la campaña, una medalla de plata al Valor Militar y un ascenso por méritos de guerra. Tengo la seguridad de que algo más obtendría después, y merecidamente.

Fernando Tanucci Nannini, general de bersaglieris, los españoles que contigo combatimos te saludamos a la romana.

Sigamos el "hilo. El 19 de agosto de 1937 llegamos a Aragón, y concretamente a San Mateo de Gallego (Zaragoza). Nada importante había ocurrido mientras tanto.

Los rojos presionaban sobre Zaragoza y habían llegado a la estación de Zuera, donde las incursiones de la aviación marxista eran frecuentes.

En septiembre, el Batallón tomaba parte en una operación de finta de absorción de fuerzas rojas para descongestionar, sin duda, algún otro sector. Cae el día 30 el Capitán de la séptima Compañía, Mario Fabbriani, ex combatiente de Libia y de la gran guerra.

Más tarde guarnecemos la posición denominada Cruceta Sur, en el sector de San Mateo de Gallego, donde quedamos a la defensiva.

Se nos afectan dos piezas de artillería de 65-17, con muchos «colpi» (disparos) a su disposición, y también una emisora de campaña bien surtida de italianos.

La sección de artillería la mandaba un Teniente italiano llamado Pullim, era de Treviso y murió en Libia durante la última gran guerra. El desierto se tragó a muchos de nuestros ex combatientes.

Pullini era buen artillero; colocaba sus «colpi» donde quería, e incesantemente, cómo no, también cantaba, pero con la particularidad de que sus inclinaciones iban hacia la música de baile norteamericana, ciertamente no muy ortodoxa entonces en Italia.

Convivió algún tiempo con nosotros, y en las operaciones de rotura del frente de Teruel y avance consiguiente hacia el mar, en Valdealgorfa, de pie y sin resguardo, en medio de un violento fuego de ametralladoras, lloraba a moco tendido porque le habían matado a gran parte de sus hombres y ganado y no podía avanzar y hacer uso adecuado de sus piezas. ¡Pobre Pullini!, valiente, educado, siempre impecable, con una colección de botas altas que envidiábamos. Nos emplazó más de una vez a comer la «polenta», guiso regional con que continuamente le embromábamos, ya que hablando de ella ponía gestos de éxtasis; no la llegamos a probar.

La radio era todo un poema. Sus sirvientes nos molestaban de noche y de día, porque diligentemente no cesaban de transmitirse indicaciones estereotipadas de las que usan los telegrafistas para probar que todo está en orden: «uno, due, tre, quatro, cincue, ti, sentó, molto bene, ti sentó molto bene. Cambio per te. Pronto, pronto.» Y así de día y de noche, durante horas y horas. Era insoportable.

⁵ André Maurois: Los silencios del coronel Bramble.

Llovía continuamente. Nunca llegamos a estar secos del todo, y el barro y las ratas nos molestaban mucho, especialmente las ratas, grandes como gatos y agresivas. Más vale no hablar de lo que comían.

Un oficial español, mientras dormía fué mordido como por perros.

Pasado algún tiempo, en que el Batallón fué zarandeado por los frentes de Guadalajara y Teruel, en donde sólo el frío fué memorable, el 12 de enero de 1938 nos llevaron a descansar, y ciertamente que lo merecíamos.

Nos llevaron, pues, a un pueblo de las cercanías de Zaragoza que se llamaba Montañana.

Aquello era el descanso («il riposo»).

IV. IL RIPOSO

De este inefable reposo tenemos que hablar, porque volvimos a reunirnos todo el Batallón, y de ello hemos de extraer algunas consecuencias.

La amistad y la camaradería habían quedado definitivamente selladas entre españoles e italianos. En las marchas, en las posiciones y, en suma, en el combate, se llegó a la auténtica fusión, resultando el Batallón un todo coherente.

El estímulo entre ambas nacionalidades sólo tuvo consecuencias positivas, que fué la de superarse en el fuego; cada uno quiso ser el mejor, sin olvidar que el conjunto español, en su casi totalidad, formado por la tropa y los oficiales subalternos, éramos los más jóvenes y jugábamos la papeleta de salvar a nuestra Patria. No olvidemos esto para ser justos.

Las minucias a las que al principio aludíamos, y que nos dividían, desaparecieron, aunque no por ser trivialidades dejaron de constituir un peligro para la eficiencia de las unidades.

Nuestras pequeñas diferencias quedaron superadas totalmente, a fines de 1937.

Ellos ya estaban compenetrados con la campaña, por así decirlo. No hablaban de operaciones rápidas ni sacaban ejemplos enojosos de su historia militar contemporánea. Se habían convencido de que las operaciones en los distintos frentes se llevaban ni más de prisa y más despacio de lo posible y de lo que convenía. Que la dirección, de la guerra y del país era siempre la acertada, reconociendo plenamente la capacidad y las excepcionales dotes del Caudillo como Generalísimo de los Ejércitos y como gobernante.

El valor personal de nuestros hombres, su resistencia a las fatigas y a las penalidades, les producían una admiración que no trataban de disimular. Y así, alguna de nuestras unidades, muy en particular La Legión, alcanzó ante ellos fabulosa categoría.

No cabían ya, pues, puntos importantes de fricción. Nosotros habíamos aprendido el italiano, al menos para hacernos entender; ellos habían hecho igual con lo que a nuestro idioma se refiere, y el babelismo quedó descartado. La mímica, en momentos apurados, suplía y llenaba lagunas de lenguaje.

Por ello, las unidades entendían las órdenes bilingües, y, en consecuencia, el español mandaba «firmes» en español a su sección, y se la presentaba en italiano o en español a su Capitán. Daba igual, lo interesante era que la anarquía idiomática no afectó jamás a la disciplina, que siempre fué ejemplar en cualquier momento y ocasión.

Sólo una vez falló el poliglottismo, jugando la similitud entre ambos idiomas la siguiente treta: el comandante Tanucci ordenó a un oficial español ocupase con su unidad una casita a vanguardia, a la que llamó en italiano «villa» un tanto enfáticamente; sin más averiguaciones, el español se lanzó al ataque con el vigor y el ardimiento de costumbre, rebasando la casita y siguiendo adelante, pese al fuego enemigo, y no paró hasta que llegó a una «viña» que había visto en la base de partida y cuyo cultivo había tomado fonéticamente por su objetivo.

Como quiera que las vides estaban bajo el fuego inmediato del enemigo y quedaban en incómoda postura nuestros hombres, el oficial se repuso y continuó su progresión, obligando a empeñarse en el fuego al resto del Batallón, en una acción brillante y decidida. No hubo felicitaciones pese a ello.

La uniformidad quedó también consolidada. Se dejaron absorber por nosotros y por el prestigio guerrero de nuestras prendas militares.

El gorro legionario y la guerrera abierta, con o sin corbata, de nuestro caqui clásico descartó a la boina negra, Nos distinguíamos de las restantes fuerzas nacionales por el color de la borla del gorro, que fué azul o negra, según el color de las brigadas⁶ y por el emblema que llevábamos en el brazo izquierdo, consistente en un escudo que, además de la inscripción «Primera Brigada Mixta Legionaria Flechas Azules», se consignaba en el mismo el lema «Agredir para vencer», producto de la exaltada imaginación de quien lo ideara. El yugo y las flechas en azul, y en el centro del escudo, completaban el distintivo.

Entre nosotros, dentro de las unidades, nos confundíamos a veces; es decir, confundíamos nuestras nacionalidades, lo que daba lugar a jocosos incidentes. En un departamento del tren iban durmiendo, en una ocasión, dos oficiales del Batallón, uno italiano y español el otro, y entraron entonces dos italianos de otro Regimiento que no les conocían, poniéndose a charlar. Se despabiló el español y pudo escuchar lo siguiente: «Los españoles son inconfundibles; fijaos si no en ese que va dormido. ¿Quién podría tomarlo por un italiano?» Y el dormido era de Palermo.

⁶ La segunda brigada se llamó: Segunda Brigada Mixta Legionaria Flechas Negras.

Las diferencias gastronómicas quedaron asimismo liquidadas, pero fuimos absorbidos. Excelentes cocineros y cocina excelente, acabamos por aceptarla sin reservas, y ya comíamos «pasta» a todas horas y sin remilgos.

La tropa siguió escindida hasta el final: los «ceci» (garbanzos) no los tragaron nunca los soldados italianos, que, como eran muy pocos, comían en régimen de capillita.

Estábamos, como digo, descansando merecidamente en Montañana, e insistimos que a pocos kilómetros de Zaragoza. Se habían acabado los insectos, por el momento, y también el barro, la lluvia, las ratas asquerosas y los tiros.

La verdad era que a nosotros nos tenían sin cuidado los parásitos, o al menos no en la medida que molestaban a los italianos, que continuamente andaban con específicos e hirviendo la ropa inútilmente.

El D. D. T. no había hecho aún su milagrosa aparición.

Por la mañana, instrucción en orden cerrado y de combate. Salíamos de los alojamientos cantando el «Fuoco di Vesta» o el «Avanti Arditi». Las claveteadas botas de la Intendencia italiana que usaba la tropa y que no había forma de romper daban un aire acompasado y marcial a nuestras unidades.

Nuestros extremeños eran ya veteranos. Algunos lucían sus ángulos de heridos y se veían ya algunas medallas de Sufrimientos por la Patria, que llevaban con orgullo.

También se veía alguna condecoración italiana en el pecho de nuestros hombres, concedidas con justicia y parquedad. Las recompensas principales eran las siguientes, en orden de mayor a menor importancia:

Medalla de Oro al Valor Militar, Medalla de Plata al Valor Militar y Medalla de Bronce al Valor Militar. No podemos decir que las prodigasen en nuestra guerra. Las tres son iguales en su troquel o formato, igual cinta azul, color de la Casa de Saboya.

Son sobrias, sorprendentemente sencillas.

El horario era inexorable. Después del rancho se daba instrucción teórica, se limpiaba el armamento y se pasaban las necesarias revistas y, terminado lo cual, sobre las siete de la tarde nos íbamos a Zaragoza, ¡casi nada!

Aquella Zaragoza va ligada a los mejores y más entrañables recuerdos de nuestra juventud. Los bares «Salduba» y «Maravillas», ¿recordáis?, constituían nuestros lugares de concentración, y el «Royal» y «La Conga» los de expansión.

Justo es recordar que, en nuestra turbulencia, había más inocencia que otra cosa. El riesgo personal tampoco estaba descartado en aquellas diversiones, que actuaban como válvula de escape a la fogosidad de nuestros pocos años, por una parte, y por otra como liza o palenque en donde seguíamos defendiendo el prestigio de nuestras respectivas unidades.

Ellos, los italianos, eran más tranquilos y sosegados en sus distracciones.

E. C. T. V. mantenía mucho «Comando di stazione», servicios, hospitales, intendencia, etc., que, claro es, estaban ubicados en la retaguardia, y así Valladolid, Logroño, Miranda de Ebro y otras localidades estaban aparentemente llenas de italianos. Esto creó un falso estado de opinión que nos dio muchos disgustos, pues cuando nos veían en retaguardia, como en aquellos días, lo que creían era que nunca salíamos de ella. En aquellos lugares de esparcimiento se aclaraban estos y otros conceptos, no siempre en tono dialógico.

Zaragoza sufría con frecuencia las incursiones de los bombardeos enemigos y el oscurecimiento era total. Estaban de moda las lámparas eléctricas, tan necesarias en el frente, y existía un verdadero pugilato en la posesión de la mejor y más potente linterna. íbamos por las calles utilizándolas de madrugada, y en una ocasión un oficial italiano probaba el alcance y concentración de rayos de la suya en la cara de los transeúntes que caminaban en sentido inverso, cuando acertó a pasar un Comandante italiano de «Carabinieri», que fué cazado en la cara por el haz.»

Acercándose indignado vio que era un compatriota el que lo deslumbraba. Y sin duda llevaba prisa, porque se limitó a espetarle: «¡Mettetevi la lampadina in..., cretino!», dejando sin habla a nuestro acompañante.

Los carabinieri inspiraban serios respetos. Vittorio de Sica los ha popularizado en el cine, personificando con gracejo el popular comandante Carotenuto, en una versión amable de los componentes de este Cuerpo.

A España vinieron pocos; debían tener alguna misión informativa interna, y desde luego iban uniformados como todos, salvo sus emblemas. Su personal era selecto y gozaba de un gran prestigio.

Al hilo de la disciplina recordamos que, hablando de las canciones, mencionamos una titulada «A rapporto signor Colonnello», lo que dejamos sin traducir.

El «rapporto» era, o es aún, una forma peculiar de recurrir a la superioridad en súplica de justicia a un agravio recibido de un superior, saltándose los trámites reglamentarios o escalones intermedios. Por tal sistema, un soldado podía, en determinados casos, sin duda de gravedad, meterse en el despacho de un Coronel y exponerle sus cuitas. Este era el tema de la canción, sazonado con una larga y plañidera historia, una especie de romance.

Cuando se disgustaban por algo en relación con un superior, en seguida hablaban de «meterse a rapporto» con él. La cosa no pasaba de palabrería, porque no recordamos ningún caso al respecto ni duda alguna, por entrañar serios peligros para el causante de la audiencia en caso resultar viciosa la reclamación.

Aprovechamos el descanso en Montañana para visitar a nuestros heridos. El servicio sanitario en el Batallón estaba perfectamente organizado, como todo. Las evacuaciones y la asistencia médica eran siempre eficientes y precisas.

En Zaragoza funcionaba el hospital legionario italiano «009», y el «043» en Valladolid. En ambos se estaba magníficamente asistido, y especialmente con los españoles extremaban sus atenciones y cuidados. Libros, revistas, tabaco y cuanto apeteciera en las comidas era inmediatamente servido, siempre con agrado. El italiano es inteligente y vivaz, laborioso y en todo momento responsabilizado con su tarea, por lo que siempre funcionaban bien no sólo los servicios de vanguardia, sino los de retaguardia, y, fundamentalmente, son educados y cordiales.

La asistencia religiosa en nuestro Batallón estaba a cargo de un Capellán español.

Hemos de decir que nosotros éramos más cumplidores de nuestras obligaciones religiosas que ellos, y también más fervorosos. La afirmación se concreta al conjunto ítalo-español de la oficialidad del Sierra Argallén.

Antes de terminar este capítulo, dedicado al descanso y un poco a todo, diremos finalmente, refiriéndonos a los servicios, que el referente a enterramientos de guerra funcionaba igualmente bien; ellos, más que nosotros, rinden culto a los muertos: «Non nasce in me pensier che non vi sia dentro scolpita la morte», escribía Miguel Ángel a Vasari⁷.

⁷ Axel Munthe: *La historia de San Michele*. Prólogo a la XII edición inglesa.

V. HACIA EL MAR

El «riposo», el descanso, duró hasta el día 8 de marzo; mes y medio, pero por nuestra parte, antes lo hubiéramos terminado, pues sólo deseábamos entrar en operaciones.

Aquel día rompimos el frente de Teruel, iniciándose el avance hacia el mar, que habría de dividir en dos la zona roja.

La operación se inicia al amanecer por Rudilla ⁸ y se desarrolla bajo una violenta y precisa preparación de artillería y la protección de nuestros carros de combate. Rudilla cae, y por la noche entramos en Blesa, en donde esperamos el nuevo día.

Allí alguien descubrió un curioso depósito de gorros de cosacos. Eran los convencionales gorros irónocónicos de piel de cabra, y en su interior, y para que no cupiera duda de su procedencia, llevaban un sello en tinta violeta (como en los escritos oficiales), con la hoz y el martillo en el centro y un rótulo en caracteres rusos. Yo no vi nunca a los rojos con ellos puestos, pero nosotros nos los distribuimos, y aquella noche y siguientes nos los poníamos para dormir. Como almohadas eran insustituibles.

A la salida del pueblo encontramos el cadáver de una anciana, sin síntomas ni señal alguna de violencia. Avisamos al pueblo y alguien nos contó que la pobre mujer agonizaba en su cama, rodeada de sus familiares, y, al morir, un vecino entró despavorido diciendo que los tanques nacionales entraban en el pueblo. Los familiares entonces (eran rojos, por supuesto) huyeron alocadamente, llevándose consigo el cadáver de la vieja, que abandonaron en el punto que lo encontramos.

Continuamos las operaciones al día siguiente, ocupando Muniesa, Oliete y Alcañiz. A la altura de un pueblo llamado Andorra, que desbordamos dejándolo a un flanco, y en un olivar encontramos en el avance otro espectáculo macabro, un montón de cadáveres rojos, extranjeros todos ellos y pertenecientes a una Brigada Internacional que, sin duda alguna, habían sido ejecutados por ellos mismos en alguna sumaria o liquidación de cuentas, tan corriente entre ellos.

Seguimos operando ininterrumpidamente, y el día 26 de marzo, cuando nos tocaba ir en reserva, el Comandante Tanucci llama a los oficiales, según costumbre antes de una operación, y nos explica que el Batallón de Asalto de la División Littorio, a vanguardia nuestra, estaba detenido por desgaste y que íbamos a efectuar un paso de escalón, es decir, que pasaríamos sobre ellos continuando el ataque.

Pusimos los relojes en hora y desplegamos las compañías al amparo de una contrapendiente inmediata adonde estaba el Batallón de Asalto. El fuego de aquella unidad era nulo, y casi nulo también el del enemigo, por lo que, ante lo extraño del caso, no conteniendo nuestra curiosidad, subimos a la cresta, en donde había una casita de campo medio destruida. Dentro, encima de una mesa y en el suelo, habían colocado, retirándolos del campo, los cadáveres del Comandante del Batallón, de un oficial —el Ayudante quizá— y del médico. Fuera podían verse los cadáveres de la tropa caída en sus puntos de despliegue. El silencio era impresionante.

Minutos después descrestamos cantando, a la carrera, saltando por encima de los de la Littorio y bajo una concentración repentina de fuego de ametralladoras que se inició bruscamente, como si nos hubieran estado esperando y de una intensidad tal que empezó a diezmar nuestras compañías.

Pese a ello y por saltos fuimos avanzando.

Nos tocó un terreno endiablado, en declive hacia el enemigo, cubierto de arbolado y sin que pudiéramos hacer uso de nuestras armas. Por otro lado, el enemigo ocupaba posiciones envidiables, nos

⁸ «El día señalado para la operación de ruptura, el general Berti tenía a su disposición las Tropas Voluntarias de las Divisiones Littorio, 23 de Marzo, Flechas Azules y Flechas Negras, la totalidad de la artillería legionaria y toda la aviación correspondiente al Cuerpo Expedicionario.

En el centro del frente legionario figuran las tropas de Flechas frente al monte fortificado de Rudilla: las Azules; ante la cuenca del pueblo de Anadón, las Negras. Después de tres horas de fortísimo bombardeo, la infantería voluntaria partió al asalto; los rojos se defendieron bien en los primeros momentos, pero al cabo, el frente quedó despedazado y la masa de ataque irrumpió sobre la llanura de Huesca, sin que nadie pudiera detener su ímpetu. El general Berti comunicó inmediatamente que la ruptura de la organización defensiva roja, solicitada por las Instrucciones Generales, había quedado cumplida.

Los pueblos de Rudilla y Anadón, la posición de La Muletilla y la carretera transversal que de Vivel del Río sube a Muniesa estaban dominados. Los observadores de la operación han comprobado que la preparación artillera llevada a cabo por los legionarios puede considerarse como modelo en el género. Rápidamente los cañones, los carros, los camiones de transporte, las ambulancias, surgen de todas partes por centenares y, como un torrente indescriptible, adelantan sus líneas más allá de la línea prevista para la primera jornada.»—Manuel Aznar: Historia de la Guerra de España (1936-1939). Capítulo XXIV, págs. 633-634.

dominaba y nos veía, que era lo más importante: sólo cuando estuvimos a distancia de asalto pudimos desalojarlos.

Continuamos incesantemente avanzando y en condiciones de igual dureza durante los días 27, 28 y 29 de marzo en aquel sector de las proximidades de Valdealgorfa y siguiendo el eje de la carretera Valdealgorfa-Gandesa-Tarragona⁹.

En aquellos combates hirieron mortalmente a los capitanes italianos de nuestro Batallón Burnsaid y Collella.

Ambos eran cuarentones y ambos también llevaban unos dijes, en las cadenas de sus relojes, como amuletos de buena suerte. Burnsaid estaba en serio convencido de que no le pasaría nunca nada, porque llevaba «il corno» (el cuerno), y cuando lo decía, que era con gran frecuencia por cierto y en los momentos de peligro, lo tocaba sonriente y convencido.

Se trataba de un minúsculo cuerno de marfil engastado en plata.

El que usaba Collella era de inspiración erótica y no puede ser descrito.

A Burnsaid le atravesaron el pecho de un balazo.

A Collella, una ráfaga de ametralladora le destrozó las piernas. Este murió, e ignoro la suerte que corriera el capitán Burnsaid, pues, grave aún, fué evacuado a Italia. Decididamente, aquello de los amuletos no traía ni chispa de suerte.

Los olivares por los cuales avanzábamos quedaron destrozados por el denso fuego de las ametralladoras enemigas, que desgajaban los ramajes y astillaban los troncos, atravesándolos.

Nuestros carros de combate intentaron ayudarnos, pero resultaron ineficaces por lo quebrado del terreno, lleno, por otra parte, de cercas de piedra, que les obligaban a detenerse, sufriendo nosotros, por añadidura, todo el fuego contracarro dirigido contra ellos.

En uno de aquellos estancamientos y detenciones a que nos obligaba el terreno y el implacable ametrallamiento enemigo (alguien aseguraba que teníamos enfrente el batallón de ametralladoras divisionario de la División Líster), al amparo de uno de aquellos muros de piedra, que se convertían a su vez en proyectiles al hacerlos saltar la artillería y los contracarrros, se amparó una sección de tanquetas Fiat que no podía avanzar.

La indignación más o menos fundada de nuestra gente era enorme, gritando ¡Largaos! y cosas de peor estilo y más expresivas.

Un oficial italiano, atrancado con su carro en aquel infierno, intentó salir de la torreta pidiéndonos agua a voces, recibiendo, por su imprudencia, un balazo en la médula y cayendo al suelo desde el tanque. Nadie le había hecho caso mientras pedía el agua; pero, sin embargo, hubo que sujetar a muchos y dejar sólo a los indispensables, que fueron a recogerlo poniéndolo al amparo del muro con grave riesgo.

Las evacuaciones, con aquel fuego, eran poco menos que posibles.

El 29 debió ser cuando los antiaéreos enemigos partieron en dos a un avión propio de bombardeo, precisamente encima de nuestras cabezas. Parte de la tripulación se lanzó en paracaídas, pero el viento los llevó a las líneas rojas. Uno de estos aviadores, herido por bala de fusil mientras descendía, pudo, ocultándose durante un par de días, ser rescatado al avanzar nuestras fuerzas.

⁹ «Otro punto donde la resistencia se presenta encarnizada es el sector de Torrevellilla. Hechas Azules y Flechas Negras conciertan una operación que consiste en encerrar dentro de una tenaza las posiciones enemigas; pero el número de ametralladoras y la decisión de los atacados impide que la marcha pueda llevarse a efecto en el tiempo calculado. Cuando la noche se echa encima, los rojos, no sólo dispuestos a defenderse, sino resueltos a contraatacar con todas sus fuerzas, desencadenan una violenta acción que toma de frente el dispositivo de los Flechas Negras. Estos no se mueven; en medio de la oscuridad, las órdenes se circulan con normalidad plena y el fuego se sostiene incesante. Hora tras hora, los contraataques tratan de romper el frente legionario, pero transcurre la noche sin que el propósito se cumpla. Por el contrario, son los propios Flechas legionarios quienes, a las siete de la mañana del 22, y a la vista de la fatiga que se ha apoderado de las vanguardias rojas, se lanzan al asalto de las posiciones, arrollan las defensas y obligan a la III División a retirarse hacia las estribaciones de La Ginebrosa. Mediada la mañana, nuevas órdenes mandan disponer los Batallones de Flechas para apoyar las operaciones principales hacia Gandesa, y el sector de Torrevellilla queda a cargo de la 15 División.

»García Escámez continúa el ataque legionario y, mediante una embestida irresistible, conquista Torrevellilla, tras varias horas» de choque.

Los días 27, 28 y 29 de marzo, el Cuerpo Voluntario mantiene su vigoroso ataque contra el centro del dispositivo rojo entre Alcañiz y Gandesa; las líneas enemigas no ceden, pero ese ardor del encuentro permite a las dos alas —entre Caspe y Torrevellilla— maniobrar rápidamente.» Manuel Aznar: Historia Militar de la Guerra de España (1936-1939), cap. XXV, pág. 666.

El día 30, el enemigo cede en su resistencia tenaz de los días anteriores y se repliega.

El Batallón inicia un avance rápido, y al descrestar la quinta compañía una elevación de terreno que ocultaba la carretera general encuentra en ella dos carros de combate rusos, amparados en el talud que dicha elevación formaba, los que, faltos de enlace con su infantería, estaban ignorantes de nuestra presencia.

Intentan ponerse en marcha y huir, pero nos echamos encima y los capturamos, no sin que antes una ráfaga de ametralladora de uno de ellos hiciera algunas bajas ¹⁰.

Se llega al río Matarraña ¹¹, donde encontramos un buen centro de resistencia atrincherado y sin ocupar. Este centro de resistencia cubría la penetración por el Matarraña y protegía una carretera lateral. Pasamos la noche cubriendo este boquete sin que llegara a ser monótono nuestro servicio, ya que por la carretera apareció, procedente de las líneas rojas un camión 3 H. C. (ruso) con unos veinticinco despistados.

El despiste rojo y nuestra sorpresa se transformó en tiros y bombas de mano. Todos cayeron prisioneros, y entre ellos el conductor del camión, que era un inglés.

Continuamos avanzando al día siguiente, y el 1 ó el 2 de abril tropezamos con un núcleo de internacionales terriblemente triturados por el ametrallamiento en cadena de nuestros aviones, que durante todo el día nos estuvieron apoyando.

Ni un solo cadáver tenía las botas puestas, y muchos, ni el uniforme. Antes de huir los despojaron.

Uno de los aviones de la cadena no salió del «picado», o bien le tocaron o le falló el motor; vimos cómo hacía explosión en el suelo y el fin de aquellos valientes camaradas del aire.

Sigue el avance y llegamos a las inmediaciones del río Ebro. La quinta Compañía, a la que pertenecemos desde la creación de la Brigada, es destacada en la orilla derecha en una posición, cubriendo un intervalo y enlazando nuestra Brigada, que ya es División, y la Littorio ¹².

Pero desde hacía ya mucho tiempo la quinta Compañía no la mandaba ya el Capitán Giangrecco, que ya anteriormente hemos citado y del que prometimos hablar.

Giangrecco había pasado a ser el Ayudante del Regimiento y se llamaba Carmelo; era «Primo Capitano».

¹⁰ La operación fué afortunada, pero no precisamente para el autor, herido de gravedad por uno de los carros de marras. El resto de la campaña lo hizo en La Legión; por ello, para completar el relato y poderlo finalizar, ha usado y se valdrá, desde este momento, de la cronología facilitada por un compañero, Joaquín de la Cámara Gámir, el que vivió intensamente cuanto sigue y también cuanto antecede, intentando salpicar la aridez de un relato de guerra con nuestros recuerdos, impresiones y consiguiente anecdótico, sin más intención que dar a conocer el aspecto humano de la participación de los italianos en nuestra campaña.

¹¹ Con justicia puede escribir un corresponsal: «Desde Alcañiz al Matarraña, el camino recorrido es el más duro, el más sangriento que hemos conocido en toda esta campaña, la cual encuentra en sus cruces de carreteras, en estos caminos que llevan al mar, su conclusión. El enemigo no solamente ha intentado resistir, sino contraatacar con todos sus medios. Ha traído a este sector sus mejores tropa-de choque, ha concentrado toda su artillería; los legionarios, la infantería legionaria, han sostenido durante diez días y diez noches un continuo combate, han avanzado en terreno descubierto, han capturado carros rusos, han parado todos los golpes, los esperados y los inesperados, de frente y por la espalda, siempre alineados, compactos, entusiastas como el primer día. El enemigo, que esperaba superar en este terreno el obstáculo de la artillería legionaria, ha recibido la lección más dura merced al coraje, al ímpetu, al sacrificio de la infantería.» Manuel Aznar: Historia Militar de la Guerra de España (1936-1939), cap. XXV, pág. 667.

¹² «Por lo que se refiere al Cuerpo de Tropas Voluntarias, su reorganización, obligada después de la retirada de 10.000 combatientes legionarios, lo dejó constituido en la siguiente forma:

División de Asalto Littorio. Formada exclusivamente por voluntarios italianos.

División Mixta Flechas Negras, compuesta de siete batallones de infantería y un batallón de ametralladoras y morteros; tres grupos de artillería, un batallón de ingenieros, servicios. Está integrado por tropas españolas, cuadros italianos en los grados superiores y cuadros mixtos en los grados subalternos.

División Mixta Flechas Azules, de constitución análoga a la anterior.

División Mixta Flechas Verdes, de formación mixta, como las dos precedentes, pero de composición orgánica semejante a la Littorio.

Carros de combate: Dos batallones de carros, un batallón motome-canizado, un batallón mixto (una compañía de lanzallamas, otra de ametralladoras antiaéreas y la tercera de antitanques), una compañía de "arditi", una de 35 contra aviones, una batería de 65-17, sobre camión. El personal era legionario.

Artillería del Cuerpo Voluntario: Dos grupos de 105-28, dos grupos de 149-12, dos grupos de 75-27.

Antiaéreos: Cuatro baterías 75 CK, una batería 75-46 y tres baterías de 20. Personal voluntario italiano.

La cifra de efectivos del Cuerpo Voluntario en diciembre de 1936 era de 2.077 oficiales y 25.935 soldados, a las órdenes del general Gámbara.» Manuel Aznar: Historia Militar de la Guerra de España 1936-1939, cap. XXXI. pág. 809.

Esto último de «Primo Capitano» hay que explicarlo. Se trataba de un grado, algo así como un Capitán antiguo o como los antiguos grados en nuestro Ejército, es decir que era Capitán con el grado de Comandante o con antigüedad oficial y jerárquicamente reconocida.

En España usaron los Primeros Capitanes como divisa una estrella de Comandante de ocho puntas, pero bordada en plata, para distinguirlos de los jefes de aquel empleo, que es bordada en oro.

Giangrecco era profesional napolitano y un auténtico veterano, de los pies a la cabeza.

Pequeño y robusto, jamás se cansaba, y en su mente no cabían otros pensamientos que no fueran directa o indirectamente relacionados con el servicio.

Fumaba incansablemente y su única debilidad eran las lechugas. Ya hemos hablado de ello.

Era soltero. ¿Tendría entonces cuarenta años?

Militar cien por cien, vocacional y temperamentalmente, Giangrecco fué uno de los pilares del Batallón, como más tarde lo fué del Regimiento, al pasar a la Plana Mayor del mismo.

El mando de una Compañía no tenía secretos para él, y poseía una auténtica intuición en el fuego; adivinaba el terreno a vanguardia, ahorra bajas y era enérgico y valiente.

Pensamos ahora que, desde luego, había pasado de los cuarenta años, pero, pese a su edad y el empleo que aún tenía entonces, jamás le oímos ningún comentario en el que se reflejase desaliento por el porvenir de su carrera, que no se le presentaba nada brillante.

Los tres oficiales de su Compañía, que éramos españoles le teníamos un gran afecto, viniendo a nuestra memoria en este momento el recuerdo de aquella noche en una durísima marcha en el frente de Aragón en que, habiéndonos adelantado a la Compañía, medio exhausta ya, para hacer un reconocimiento, alguien grito, remedando su voz: «¡Alt!», y la gente, sin más, se tiró a la cuneta a descansar; él siguió sin advertirlo, y al rato encontrose solo en medio de la carretera, retrocediendo entonces iracundo, y en su justa indignación quería encontrar al autor del «doblaje» nada menos que para fusilarlo. Hubo que hacer grandes esfuerzos para calmarlo.

Se concentra el Batallón en las cercanías de Pinell y continuamos el avance hacia Gandesa y Tortosa.

Desde Gandesa se avanza con rapidez; siempre se cree que detrás de «aquella loma» se va a encontrar el mar.

El 15 de abril, por la tarde, el Batallón ataca y no progresa, entra en línea y a su flanco izquierdo el I Batallón, que tampoco progresa. Hay el intento rojo de detener el avance en el punto en que nos encontramos, es decir, al oeste de Cherta y con el río Ebro a la izquierda, a fin de permitir que su grueso en retirada pase los puentes de Tortosa y Amposta, y tal intento se traduce en continuos y violentos contraataques..

El I Batallón parece que flaquea, y Tanucci manda que la 5ª Compañía cubra el flanco izquierdo del nuestro, que se ha quedado prácticamente sin reservas (la 5ª Compañía era la primera de fusiles del Batallón, las que estaban correlativamente numeradas dentro del Regimiento).

Los contraataques rojos continúan toda la noche, y en este tira y afloja de aquellarre muere, en circunstancias heroicas, nuestro Teniente médico, un italiano llamado Antonio Bossonetto, al que le concedieron la Medalla de Oro al Valor Militar.

La situación de la Compañía y del resto del Batallón fué, en muchos momentos, trágica por la dureza de los contraataques rojos, manteniéndose a todo trance el terreno y cada cual en su puesto.

La artillería italiana, como siempre —hay que decirlo—, se comportó bizarramente.

Tras el Batallón, y sin posibilidad alguna de despliegue a causa del terreno, se encontraba el resto de la División como un verdadero chorizo, la que se había salvado aquella noche gracias a la entereza del «Sierra Argallén» y de dos grupos de artillería.

El amanecer del 16 de abril nos sorprendió como salidos de la tumba. No se disparaba un solo tiro en aquel instante, y súbitamente llega la orden de avanzar, sin dilaciones, sin preparación y sin impedimenta, iniciándose éste con toda la rapidez que permite la seguridad y aún más de lo que permitía ésta, pues nuestro jefe de Batallón conocía el valor del tiempo y no quería encontrarse con ninguna nueva posición para cuya organización se le hubiese dado tiempo al enemigo.

Se ocupa Cherta en las primeras horas de la mañana. No encontramos ni un solo habitante, pero sí montañas de literatura pornográfica abandonada por los rojos ¹³.

Allí estuvimos uno o dos días, nos pasó de escalón otro Regimiento y continuamos hasta cubrir la orilla derecha del Ebro, en Amposta.

Su puente colgante estaba intacto en su estructura, y fué fortificada la entrada del mismo, así como su orilla en dos kilómetros aguas arriba y abajo del río, valiéndonos de ¡sacos de arroz sin descascarillar!, más duros, apretados y resistentes que los sacos terreros. ¿Cuántas toneladas de arroz se inutilizarían?

El Batallón ocupó diversos tramos defensivos de la ribera. En uno de ellos, y a unos 50 metros del agua, había una casa señorial, donde se instaló el puesto de mando de la 5ª Compañía. Tenía un magnífico salón-comedor, y en él, un piano. Un Teniente italiano interpretaba de noche canciones del país, siempre nostálgicas, que eran oídas con agrado en ambas líneas, aun cuando en algunas ocasiones estos recitales de piano eran interrumpidos, volviendo a todos a la realidad de los tiroteos y bombazos.

Durante el día no se podía circular, por lo que se dormía y se vivía de noche; algo así como lo que hacen trampeando algunos musulmanes durante el Ramadán.

Durante este período apareció en nuestras líneas el saboteador y el agente informador rojo. Daban fe de ello los cables telefónicos continuamente cortados y el certero fuego de morteros sobre concentraciones nuestras en retaguardia, de las que no podía tener el enemigo conocimiento por sus observatorios.

Durante este período defensivo se hizo el experimento que vamos a reseñar:

Tomaron la 5ª Compañía, estrella principal en la tarde y noche del 15 de abril, la montaron en camiones y la llevaron al lugar del combate de aquel día. Pusieron a su frente un Capitán de «bersaglieris», que era caballero «San Sepolchrista», y previo ensayo y asesoramiento de los lugares y momentos, ¡nos hicieron una película!

Antes de terminar el rodaje, desde la orilla roja nos zurraron de lo lindo a cañonazos.

Y no es ésta la única suplantación que conozco, porque en cierta ocasión un Alférez español dio un brillante golpe de mano; más tarde, herido, cayó en sus manos en el hospital casualmente, un periódico italiano que publicaba a todo color hechos o sucesos de importancia, o más bien sensacionalistas, ocurridos dentro de la semana, y así, en algún número, venía el dibujo de un caballo que se había vuelto loco en una calle de Milán, mordiendo y coceando a todo el mundo; pues bien, en aquel número el oficial español vio que también, a todo color, se insertaba una composición o dibujo en el que un oficial italiano, con su bandera en la mano, seguido de valerosos «bersaglieris», tomaba la misma posición que había tomado el español en el mismo día, en el mismo frente y en la misma guerra, lo que no dejaba de ser una coincidencia.

Pero siempre hay un reverso en todo, y es justo hacerlo constar. En las operaciones a que antes nos hemos referido murió heroicamente un Teniente italiano llamado Vincenzo Cannata. Abrazado a nuestra Bandera que en aquellos momentos portaba, murió gritando «¡Viva España!».

Váyase, pues, lo uno por lo otro.

En los primeros días de julio de 1938, y desde el delta del Ebro, en una muy bien organizada columna-auto, trasladaron a todo el Batallón hasta Teruel. Allí, en un bombardeado convento de monjas, pudimos ver las momias de los célebres amantes. También recordamos el cementerio, donde se había combatido a bomba de mano, tumba por tumba, y el que había sido saqueado y profanado por los rojos. El espectáculo de restos humanos y despojos era dantesco.

¹³ «Antes había que conquistar el poblado de Cherta, pero se encontraban los legionarios con que desde la orilla izquierda del Ebro, situados en montañas formidables, los rojos hacían un constante fuego de contrabatería, el cual apoyaba profundamente una innumerable serie de nidos de ametralladoras, perfectamente establecidos y muy bien calculados para taponar los posibles pasos hacia el este.

«Podrán muchas gentes creer que los territorios gandesinos y tortosinos, ya tan próximos al mar azul, son fáciles, apacibles, dulces. Pero no es así. La aspereza del terreno y la elevación de las cotas, el cruzamiento de los vericuetos entre sí y la sucesión de montes de áspero acceso se mantienen prácticamente hasta la misma costa, de suerte que las dificultades topográficas no cesan hasta que los soldados llegan a bañar sus cuerpos en las aguas del Mediterráneo

»Al llegar frente a Cherta, el Cuerpo legionario se encontró con que su avance se encajonaba entre posiciones muy bien defendidas; algunas de ellas estaban fuera de su alcance, porque se trataba de cotas vigilantes sobre la orilla izquierda del Ebro. Gran parte de la División Líster, más las Brigadas 68, 31 y 33, estaban allí, con una densidad fuerte, con mucho armamento y no escasa decisión. Los rojos no podía menos de advertir la inmensa importancia que para ellos tenía la conservación de Tortosa. Por eso se defendían desesperadamente, poniendo en la defensa su máximo esfuerzo y toda la furia y el coraje de que eran capaces.» Manuel Amar: Historia Militar de la Guerra de España (1936-1939), cap. XXV, págs. 669-670.

Hacemos notar que precisamente por aquellos días se empieza a hablar entre los italianos de repatriación, y hay una serie de relevos, cambios, permisos, incluso a Italia, notándose entre ellos cierto cansancio: «La guerra che é bella ma incomoda...»

El 13 de julio, desde los pinares de Corbalán a Sarrión, nuestra División marcha en segundo escalón del C. T. V. La Littorio, en primer escalón, se enfrenta con el hueso del pueblo de Sarrión, situado sobre un cerro en medio de un inmenso llano.

La Littorio entró u ocupó tres veces el pueblo. Nosotros, muy próximos a ellos, fuimos testigos de estos duros combates, en los que la mencionada División italiana tuvo numerosas bajas.

A unos dos kilómetros a retaguardia de Sarrión, en un ancho, largo y profundo barranco de erosión, se encontraba toda la artillería del C. T. V., poco menos que a contacto de eje de muñones (todo con mucho sabor de preparación artillera, al modo como en la Gran Guerra del 14 al 18).

En las proximidades se encontraban destrozados en el suelo tres aviones rojos que habían sido derribados, de los que nosotros llamábamos «ratas».

La acción aérea por ambas partes fué muy intensa. Nuestros aparatos de caza derribaron dos cazas rojos, y éstos, a su vez, nos derribaron a nosotros dos aparatos de bombardeo, cuyas tripulaciones, lanzadas en paracaídas, fueron ametralladas por los «ratas».

En plena lucha de la Littorio por Sarrión, vimos cómo cuatro o cinco tanquetas Fiat ardían como teas a la entrada del pueblo, que finalmente fué ocupado.

El 19 de julio, y en primer escalón, avanzamos hasta las inmediaciones del puerto de Ragudo, donde nos detenemos para montar un ataque en serio.

El collado del puerto de Ragudo fué ocupado, como tantos otros sitios. Normalmente llegábamos, ocupábamos una base de partida, siempre lo más cercana posible, y atacábamos a la carrera, asaltando la posición enemiga a bombazos; de hecho, siempre hicimos abstracción de toda clase de combinaciones entre el fuego, el movimiento y el choque; para nosotros no había más que movimiento y choque; el fuego estaba a cargo de la artillería, y en cuanto a nuestro fuego, sólo lo utilizábamos racionalmente en situaciones defensivas; nos referimos, claro es, a la generalidad de los casos. Había más entusiasmo en ello que ortodoxia táctica.

Por el 20 de julio alcanzamos Vivel.

El C. T. V. se encuentra frente al bien organizado campo atrincherado de Vivel. Los combates de los días anteriores lo han sido contra las guarniciones de una extensa y fuerte posición avanzada que se han dejado arrebatar, pues con ella se dispuso de una observación inmejorable y de una magnífica zona de despliegue.

No obstante, la posición roja de resistencia está bien escogida y organizada desde hace tiempo, habiéndose seleccionado el terreno por los rojos para dar la batalla defensiva con la que intentaban ganar tiempo para la ofensiva que proyectaban sobre el Ebro, al mismo tiempo que absorbían inicialmente fuerzas nuestras.

Nuestro Batallón ocupa una posición central.

El ataque, montado en regla, se inicia con fuerte preparación artillera, al amanecer. Terminada ésta, y tras breves momentos de silencio, suenan los acordes marciales de una banda de música italiana («Fanfara»), que encabeza el Batallón del escalón de combate de la Littorio, que la tenemos a la izquierda.

Vemos el alegre brillo de sus instrumentos, pero por pocos minutos, porque un violento fuego de armas automáticas rojas no dejó sano fiscornio ni requinto.

Nosotros no participamos esta vez en la recepción de proyectiles, siguiendo en línea, en los alrededores de Vivel, con mucha actividad aérea propia y ninguna de los rojos.

A propósito de esto, hemos de contar una cosa; «loro», en italiano, significa «ellos». Cuando sonaba la aviación, nuestra tropa española les oía decir a los italianos, si se trataba de la aviación roja: «¡Sonó loro, sonó loro!» («¡es de ellos, es de ellos!»). La aviación roja se convirtió en nuestro hispánico deseo de simplificar y ponerle motes a todo, en el «loro». «¡Que viene el loro, que viene el loro!», y el loro llegaba, y sin hacer caso de matices humorísticos, nos ametrallaba o bombardeaba y algún bromista quedaba tendido en la cuneta.

Nuestros aparatos de bombardeo machacan continuamente las líneas rojas, y con esta protección y la de los carros, el I Batallón de nuestro Regimiento inicia un ataque a nuestro flanco derecho; por la noche, no recordamos por qué, se repliega a su base de partida. Unos y otros tuvimos que recoger algunos heridos que habían quedado en tierra de nadie, cuyos gritos y lamentos no son gratos de recordar.

Este Batallón tenía «jettatura», pues poco después, en una distribución de racho, un solo disparo de artillería roja ocasionó ciento y pico de bajas, entre muertos y heridos, no obstante encontrarse aquellos hombres perfectamente desfilados en teoría; el proyectil incidió rozando en el borde anterior de un barranco, en el que se amparaban, estallando en el aire.

La batalla del Ebro está en marcha; nos quedamos sin una sola boca de fuego de artillería, salvo la de acompañamiento inmediato.

Se inicia la fortificación en serio, y así vemos aparecer una sección de zapadores con perforadoras neumáticas para las grandes peñas.

El pueblo de Vivel lo trasladamos «íntegro» a la primera línea: ventanas, vigas, etc., etc., y todo el material utilizable para fortificar o guarecerse, fué desplazado sin la menor mala intención.

VI. CATALUÑA

El C. T. V. quedó en línea hasta que lo trasladaron a Cataluña, cuya campaña se inició por la Nochebuena de 1938.

Por aquella fecha nuestro Batallón, el II Batallón Sierra Argallén, era una auténtica unidad curtida y veterana. Españoles e italianos podíamos ostentar con orgullo una Medalla Militar Colectiva, que nos había sido concedida por las siguientes operaciones:

Sierra Grana, 14-21 de abril de 1937.

Sierra Argallén, 12, 13, 14, 15 y 18 de julio de 1937.

Loma del Portillo, 28 de septiembre de 1937.

Blesa, 9 de marzo de 1938.

Cherta, 16 de abril de 1938.

Aldover, 18 de abril de 1938.

Barracas-Vivel, 19 de julio de 1938.

El día 8 de diciembre de 1938, el mando de la División Mixta Flechas Azules publicó la siguiente orden firmada por La Feria, en Villanueva de Gallego, la que transcribimos íntegramente, sin traducir, para no quitarle su sabor:

«Comando Divisiones Mista Frece Azzurre Ordine del Giorno.

»Legionari Frece Azzurre:

»Con profonda soddisfazione di Comandante vi annuncio che S. E. il Generalissimo ha concesso la «Medalla Militar Colectiva" al nostro II B attaglionc "Sierra Argallén", del 2.º Reggimento con la sigíente motivazione:

»Battaglione di valorosi e travolgenti assaltatori; blocco compatto di Spagnoli e Italiani teso ver-so la stessa meta in sedici dnri vittoriosi combattimenti ha prodigato generosamente il suo purissimo sangue per il trionfo del comune altissimo idéale.

«Sierra Grana, 14-21 aprile 1937; Sierra Argallén, 12, 13, 14, 15, 18 giugno 1937; Loma del Portillo, 28 setiembre 1937; Blesa, 9 de marzo de 1938; Cherta, 16 aprile 1938; Aldover, 18 aprile 1938; Barracas-Vivel, 19 luglio 1938.

»L'altissima ricompensa che attesta il valore ripetuta-mente dimostrate in combattimento da uno dei nostri Battaglioni riempie di orgoglio non solo il Battaglione premiato ma tutte le Frece Azzurre.

»So che col Battaglione Sierra Argallén l'intera Divisione ha dimostrato e dimostrerá di essere costituita "di valorosi e travolgenti assaltatori; blocco compatto di Spagnoli e Italiani teso ver-so la stessa meta.

»Frece Azzurre del "Sierra Argallén".

»Frece Azzurre della 1.a Divisione legionaria.

»L'alto onore che S. E. il Generalissimo ci ha concesso é oggi di buono auspicio; e nello stesso tempo, impegno solenne che non appena l'ordine venga, le lucenti lame delle vostre baionette scoccheranno come Frece di cui pórtate il nome e saranno irresistibili e travolgenti, terrore del nemico che avremo di fronte, come lo sonó state in tutti i campi di Spagna dovunque si sia udito il vostro grido di guerra e di vittoria!

»Frece Azzurre: Viva l'Italia! Arriba España! Saluto al Duce! Viva Franco!

»Da Villanueva de Gallego, 18 dicembre 1938. XVII.— Il vostro comandante, La Feria.»

Habíamos regado, además, con nuestra sangre los frentes de Córdoba, Extremadura, Aragón y Cataluña.

Nuestras bajas no fueron ni más ni menos numerosas que las que pudo haber tenido cualquiera otra unidad en operaciones, por lo que no nos vamos a vanagloriar de ellas, que resultaría pueril o necio, y por

ello sólo vamos a hacer una simbólica referencia a una esquela de defunción publicada por «El Heraldo de Aragón» el martes 3 de mayo de 1938, y que unimos a este relato.

En conmovedora camaradería mantenida en vida y en el combate, se relacionan los oficiales caídos del Batallón (sólo en las operaciones de avance hacia el mar), italianos y españoles.

Dediquemos un emocionado recuerdo a todos ellos.

Sobre el 19 ó 20 de diciembre el Batallón apunta y llega a Fraga, y de aquí a Borjas Blancas, donde, el 4 de enero, se enfrenta en un duro combate por última vez con brigadas o fuerzas internacionales rojas

¹⁴

En los primeros días de enero rodeamos Barcelona, con gran disgusto de los italianos. Pero, mientras tanto, han ocurrido muchos cambios entre aquéllos, hay caras nuevas y algunos de los viejos ya se han marchado; entre éstos estaba Gambardella, capitán de complemento, que había mandado la 8.a Compañía, que era la de ametralladoras de nuestro Batallón.

Gambardella era otro napolitano. De edad madura, era un tipo aristocrático, muy alto y delgado, y pronunciaba las erres arrastrándolas a la francesa, al modo afectado de los elegantes de allí.

Usaba unas saharianas de sello especial; él fué el primero a quien vimos con esta prenda militar, que tuvo su origen en la campaña de Abisinia.

Como paisano, era gran amigo de Tanucci, el Comandante, y de la amistad de ambos era a su vez un tercer napolitano, digno también de recordarlo; éste era el brigada Dilietto, que mandaba el pelotón de exploradores de la plana mayor del Batallón.

Esto de los exploradores era un camelo, pero Dilietto era, desde luego, un tipo curioso. Tendría unos cincuenta y tantos años, y lo recordamos siempre renqueando por algún defecto en los pies o piernas.

Respetuoso y correcto, sabía mantener las distancias que su modesto empleo le imponían en sus relaciones con sus otros dos paisanos. Se trataba de un auténtico aristócrata arruinado, que había llevado una vida fabulosa, contándose entonces entre sus experiencias el haber combatido en la guerra del Chaco.

Hablaba de la marquesa (su esposa por matrimonio, pues creemos recordar que el marqués era él), a quien todo Nápoles había criticado porque, de regreso de uno de sus viajes al extranjero, debió de ser en los primeros años del siglo, había hecho instalar en el cuarto de baño de su casa-palacio de Nápoles, cierto aparato para la higiene diaria, hoy universalmente aceptado, pero que entonces se consideró como indecente.

¿Qué habrá sido de Dilietto? El Comandante le encomendaba misiones heterogéneas, y así, servía de aposentador, organizó el servicio «hídrico» en el Batallón, que eran los prestados por unos camiones- duchas, y hasta —¡quién lo diría!— en una ocasión, en sierra de la Grana, lo vimos efectuar una exploración a vanguardia seguido de sus hombres.

Era valeroso y listo el tal Dilietto.

Salvado este bache, digamos que recién tomada Barcelona, establecieron los italianos un servicio aéreo con Roma y Milán, lo que aumenta y recrudece sus nostálgicos pensamientos de «rimpatio», que se habían iniciado con anterioridad.

Se empiezan a dar una serie de permisos a Italia en avión, de cuyos viajes unos vuelven y otros no.

El avance desde Barcelona por Tarrasa-Sabadell-Vilasar de Mar y Malgrat se hace la mayor parte por la carretera del litoral, y fué una operación de persecución frente a los destacamentos retardadores rojos, que durante el día tiraban consumiendo municiones que no habrían después de transportar, y de noche volaban los puentes y todas las obras de fábrica de las carreteras, marchándose después. En consecuencia, no se dormía de día y se progresaba de noche, aprovechando un espectacular plenilunio.

Estas destrucciones casi paralizaron los servicios, y los más importantes, como los abastecimientos, se efectuaron valiéndose de buques pesqueros a motor y utilizando playas y ensenadas. La lata de sardinas

¹⁴ «El asalto a Borjas Blancas tiene lugar el 4 de enero; al anochecer, Líster se retira en dirección nordeste, perseguido por las avanzadillas, que casi dan alcance al propio Estado Mayor del cabecilla rojo.

»Acerca del fracaso de Líster contra el Cuerpo de Tropas Voluntarias ha escrito Vicente Rojo, en confirmación de lo que más arriba dejamos dicho:

»"El propósito de caer sobre los flancos del Cuerpo italiano, abatirlo y provocar su repliegue no pudo ser logrado, y la eficacia quedó limitada a contener la penetración enemiga, debido a la urgencia con que hubo de procederse y a que nuestras tropas encontraban otras aún frescas, más numerosas, superiormente dotadas de medios e incesantemente apoyadas por su aviación."» Manuel Aznar: Historia Militar de la Guerra de España (1936-1939), cap. XXXI, página 822.

estuvo a la orden del día; se comían frías o calientes, y la imaginación de cada cual le ponía su condimento; pese a todo, siempre estuvieron buenas las sardinas en lata, y aun hoy las comemos con nostalgia.

Con esta alimentación sufrieron bastante los italianos, sobre todos los nuevos, a los que este régimen dietético no les agradaba en absoluto. Alguno no quiso comer en alguna ocasión un rancho calentito dejado por los rojos en su huida, ante el temor de un envenenamiento.

Eran unos imaginativos.

Y esto de los suministros y los ranchos nos trae a la memoria la intendencia italiana, que era, por cierto, admirable.

Todo lo que suministraba era práctico y sólido. Las tiendas de campaña camufladas, por ejemplo, eran magníficas; aquellas botas de tropa, las guerreras y pantalones prácticamente irrompibles, etc., etc.

También nos suministraba tabaco en cigarrillos que procedían del monopolio del Estado. Las raciones que recibíamos eran muy generosas. Estos pitillos, aromáticos y bien presentados, eran, sin embargo, completamente insípidos. Fumábamos los «Tre Stelle», «Nazionali», «Macedonia» y «Principe di Piemonte». Estos últimos venían en una cajita de cartón y dentro había un anuncio de un insecticida para perros que decía así: «Per la pulizia dei vostri animali domestici, úsate la saponeta insetticida alia nicotina.» Cuando alguien se rascaba, en una de las muchas rachas de sarna que sufrimos, nos acordábamos de la nicotina y de la «saponeta».

Los «Tre Stelle» eran los mejores, aun cuando los «Bisonte» fueran, al menos para nosotros, algo exquisito a su lado. Hacíamos numerosos cambalaches, y en este mercado, como digo, los «Bisonte» alcanzaban la máxima cotización.

Tomamos el pueblo de Blanes con los consiguientes tiros. Vadeamos el río Tordera con agua al cuello, y también con tiros, por supuesto, aprovechando una noche de luna; todo el Batallón se secaba más tarde con seda blanca utilizada como toalla y tomada a préstamos en una fábrica de tejidos que habíamos dejado atrás en Blanes.

Se establece una cabeza de puente en el río Ter, que se llevó a cabo tras un reconocimiento previo de un Teniente italiano, que se comportó con extraordinario valor, y del que no recordamos su nombre, e inmediatamente pasó el Batallón por escalones de Compañías, con cierta aprensión por parte de nuestros soldados extremeños, duros y valientes hasta la exageración, pero poco habituados a las expediciones acuáticas, al menos en este siglo. Se trataba, además, del segundo vadeo en una semana, lo que no dejaba de ser una molesta reincidencia, según el criterio de muchos. A algunos los arrastró la corriente y hubo que sacarlos por los pelos. Al salir volvimos a secarnos con nuestra seda.

En este río Ter los dos puentes cercanos a nuestro paso estaban volados, y con tanta prisa lo hicieron que encontramos más de diez cadáveres de rojos que habían muerto en la precipitada explosión¹⁵.

Llegamos al río Fluviá, y allí hizo alto el C. T. V. A nosotros nos llevaron a Blanes, en cuyo bello lugar de la Costa Brava permanecimos diez o quince días viviendo como príncipes.

¹⁵ «Gámbara divide sus fuerzas en dos columnas; una toma la carretera de la costa y el 29 envuelve y rebasa Granollers; la otra marcha tomando como eje la carretera directa a Gerona. Los rojos tratan de constituir una línea defensiva en el río Ter ¿Para dar tiempo a la huida de los dirigentes y de sus familias? ¿Para poner a salvo cuantiosos tesoros procedentes del saqueo? Las dos cosas se reducen a una sola. En todo caso, el propósito no tiene ningún interés militar.» Manuel Aznar: Historia Militar de la Guerra de España (1936-1939), cap. XXXI, pág. 832.

VII. «¡RIMPATRIO, RIMPATRIO!»

Desde Blanes nos trasladaron a Talavera de la Reina en el clásico tren de campaña, cuyo viaje duró una semana.

En un vagón de tercera nos instalamos a todo confort, colocando los sommier, colchones y otros adminículos de forma que aquello quedó convertido en algo parecido a un coche-cama.

Una vez más subsiste el problema de la comida. No comemos caliente y seguimos con las latas de sardinas, y como variante, la carne de Mérida. Pero los italianos no viven; sólo están pendientes de las paradas para hacerse su «pasta asciuta» (macarrones).

Desde Talavera, en camión y a pie, llegamos a Cadalso de los Vidrios, donde las autoridades nos obsequian e invitan. Encontramos un rico vino que los italianos no prueban porque prácticamente eran abstemios.

El fin de la guerra está en el ambiente.

En una marcha de aproximación para concentrarnos en la cabeza de puente de Toledo, volvimos a ver unos obuses de 305, que ya habíamos visto sobre el ferrocarril durante nuestra estancia en Jadraque, pero esta vez asentados en sus bases. Eran viejas reliquias de la guerra del 14-18 que no tuvieron necesidad de disparar.

En varias ocasiones hemos hablado ya de la artillería italiana, y aún tendremos que hablar una vez más, por última vez, pero antes quisiéramos puntualizar unos recuerdos que no deseamos se nos queden en el tintero.

Los artilleros italianos se distinguían por sus saharianas de color garbanzo y su presunción en la vestimenta, que chocaba a sus propios compatriotas.

Sus botas altas, sus portaplanos y todo su atuendo era siempre impecable. Algunos, como los austríacos de las operetas, usaban ¡hasta monóculo! Existían canciones y cuchufletas inventadas por los infantes para meterse con ellos, pero la realidad era que, aparte del «arma elegante», era también el arma de la precisión y la eficiencia.

En la base de partida de la cabeza de puente de Toledo pasamos aproximadamente unos cuatro días esperando impacientemente la hora «H» del día «D» de una victoria que ya teníamos en la mano, pues el ejército rojo estaba prácticamente vencido.

El 22 de marzo de 1939 pudimos ser testigos del espectáculo final.

El día 21, un último cañonazo rojo hizo también nuestra última baja, el conductor de una ambulancia.

Al amanecer se inició la última preparación artillera que vimos.

Potente, correcta a horario, con sus señales convenidas de proyectiles coloreados, etc. Fué también la última intervención de nuestra artillería.

A continuación, los carros de combate ligeros Fiat derr barón y arrollaron las alambradas rojas; los marxistas aún dispararon algunos tiros, iniciándose la progresión o marcha, sin otra novedad que la de toparnos con algunas unidades rojas formadas, a las que desarmamos.

En Huerta de Valdecarábanos nos dijeron que la guerra había terminado.

Los italianos se alborozaron.

Nuestra alegría y contento llegó al paroxismo, y siempre en la vertiente de lo violento, bebimos más de la cuenta y lanzamos bombas de mano para festejarlo.

Más tarde, ya rendidos, nos acostamos en una tienda formada por doce lonas, con el pensamiento puesto en Dios y una oración de gracias en los labios más la gozosa e infantil conciencia de que podíamos dormir cuanto quisiéramos.

Desde Huerta de Valdecarábanos el Batallón se trasladó en tren hasta Albacete, pero antes el Comandante Tanucci destacó un oficial español que estaba de cocina, con un camión, las perolas y los rancheros, para que al mismo tiempo actuase de aposentador en aquella capital.

El oficial español «ocupó» Albacete ¹⁶ con esos medios, y no era la primera vez que actuaba de adelantado, pues fué él quien ocupó «las viñas».

La orden del mando del 2.º Regimiento Flechas Azules del 3 de junio de 1939, firmada el 4 de dicho mes en Albacete, era de saludo y de despedida, estaba no muy bien redactada en español, pero la copiamos con grato recuerdo a continuación, íntegra y cordialmente:

«Comando Il Reggimento "Frecce Azzurre".—Ordine del giorno 3 giugno 1939, XVII, n.o 154.

»Saluto del legionari italiani ai camerati spagnoli.

»Camaradas españoles:

»Está muy cerca la hora de nuestra separación.

»Los legionarios italianos que se encuentran en España en las «Flechas Azules», después de combatir a vuestro lado en perfecta comunidad de ideales y de fe, van a regresar a Italia.

»Partirá con ellos la visión de la nueva España y el legítimo orgullo de haber contribuido con muchísimos sacrificios y largo tributo de sangre a conseguir la independencia de vuestra Patria y hacerla Una, Grande y Libre.

»A este orgullo va unido en sus corazones el recuerdo imborrable de las épicas jornadas de Sierra Grana, Sierra Argallén, del sector de Zuera, de la batalla de Levante, de la conquista de Cataluña y de la última batalla del centro de España (cabeza de puente de Toledo), que constituyen las más brillantes gemas de la corona de gloria que ciñe ahora la invicta tradición guerrera de nuestro Regimiento.

«Estrechamente unida a esta gloria juntamente lograda, quedará inalterable en el ánimo de cada legionario italiano el recuerdo del tenaz valor demostrado en todas las incidencias de la guerra por los oficiales, suboficiales y tropa española, soldados todos ellos con un gran ideal felizmente realizado.

En días pasados he buscado en mi mente una frase que pudiese eficazmente sintetizar el valor del soldado español.

Me la sugiere ahora el recuerdo de las palabras que oí pronunciar al Caudillo en Madrid: "... Soldado español, que no se queja y que sabe morir en su puesto..."

»Así os recordaremos, camaradas españoles, con inmutable estimación y fraternal amistad.

»Nos consideramos felices si vosotros nos recordáis en la misma forma y con la misma intensidad.

»Alguna vez, cuando en el transcurso del tiempo el calendario os traiga algún aniversario de combates gloriosos y sangrientos, vosotros, para mantener inalterable el culto de la tradición, recordando a las unidades en armas, tened presente que cada uno de nosotros, desde Italia, evocaremos los mismos acontecimientos y estarán en nuestros corazones las mismas formaciones en las cuales los reclutas aprenden de la viva palabra de sus oficiales el heroísmo de la juventud española durante toda la campaña nacional y el entusiástico concurso de los legionarios italianos que se han batido también aquí.

»En estos días, poner una flor más sobre las numerosas tumbas legionarias que dejamos en España, confiadas a la amorosa custodia del caballeroso pueblo español,

»Así como nosotros tenemos para vuestra gran España, también tendréis para nuestra Italia un sentimiento de inmutable fraternidad y de infranqueable unión espiritual; no olvidar que Italia y España tienen los mismos malos enemigos.

»A nuestros enemigos se ha aliado militarmente en estos días la Rusia bolchevista. Mala señal para la paz del mundo, mas también es cierto que si la paz se ve amenazada, italianos y españoles, con los comunes amigos, formarán un bloque único y formidable, pronto a todas las luchas.

»Si esto sucediese, nos encontraremos otra vez, camaradas españoles, para superar juntamente en las glorias futuras las glorias pasadas.

»Ahora nos separamos en fraternal abrazo y con un sentido deseo de "buena suerte" para vosotros, para vuestras familias y para vuestra Patria.

«¡Arriba España! Evviva Italia! ¡Saludo a Franco! Saluto al Duce! Evviva il Il Reggimento "Frecce Azzurre"!

«Albacete, 4 giugno 1939, a XVII E. F.—Il comandante del Reggimento, ten. colonnello I. G. S., Altilio Aichino.»

¹⁶ Aquella ciudad había sido el lugar de concentración y organización de las tristemente célebres Brigadas Internacionales rojas.

Antes o después habíamos dicho adiós a nuestro primer Coronel, Carnimeo, espejo de caballeros, y a nuestros entrañables camaradas del Sierra Argallén los bravos Tenientes Andreatta, el "bersaglieri" de ametralladoras; Labonia, el de los morteros de milagrosa eficiencia, y al Ayudante del Batallón, Niccolini, a quien más tarde habríamos de encontrar recién evadido, en circunstancias verdaderamente cinematográficas, por lo arriesgadas, de un campo de concentración aliado en el norte de África.

Desde Cádiz, donde un día desembarcaron, volvieron los italianos a sus hogares, justamente orgullosos y satisfechos. Otros no volvieron.

Cuatro mil ciento cincuenta y siete (4.157) quedaron enterrados bajo nuestro suelo patrio.

De ellos, tres mil setecientos ochenta y cinco yacen en el Osario de Zaragoza y trescientos setenta y dos en el cementerio del Puerto del Escudo.

La hermandad entre ambos Ejércitos, sellada por la sangre en lucha contra el marxismo internacional, perdurará siempre.

Mientras tanto, recordemos otra inscripción de aquella capilla-cementerio que encontramos a la altura de Sigüenza, y que deliberadamente se dejó para el final. Dice así:

«Onoranze caduti. Spagna.»

Madrid, 11 de junio de 1958.